

MARCO FAJARDO

JUAN SIN TIERRA

y otros cuentos



quimantú

Creando En-Señas



quimantú

JUAN SIN TIERRA
Y OTROS CUENTOS

Marco Fajardo

Registro de Propiedad Intelectual N° 129.047
29 de octubre de 2002

Primera edición Editorial Quimantú
Santiago de Chile, diciembre de 2011

Foto portada:

Miriam Tamayo de "Album familiar. Parte II / Recuerdos de Chile"
www.miriamtamayo.com

Producción y Diseño Gráfico: Editorial Quimantú
www.quimantu.cl
<http://editorialquimantu.blogspot.com/>
editorial@quimantu.cl

Presentación

Esta historia, que de alguna manera se lee como el relato de un colegial, en una mirada superficial, parece inofensiva, ingenua. Está escrito en un lenguaje excesivamente realista y no omite ni siquiera los diálogos más banales. Son 60 páginas que relatan la excursión que realiza un grupo de jóvenes en los años noventa, en el Chile postdictadura. Una historia sin trama, una documentación día a día, que tiene lugar en un verano, en el norte de Chile.

Sin embargo, justamente en su característica de documento-testimonio, no es inofensiva ni ingenua, es una historia importante para Chile, por las raíces que toca y los fenómenos que saca a la luz. Sus protagonistas son hijos de exiliados que nacieron y se criaron lejos de la patria de los padres y que a su retorno, después de la dictadura, en su mayoría se vieron enfrentados a un país desconocido.

En Chile no se habló ni escribió mucho, hasta ahora, de los hijos de exiliados, aquellos chicos que pasaron su infancia repartidos en el mundo y que fueron recibidos con indiferencia o, a veces, hasta rechazo. Hablaban literalmente otro idioma, conocían la historia de Chile desde la mirada de sus padres. Les costaba demasiado adaptarse a un sistema que en realidad, a cada paso, daba ocasión para ser cuestionado.

Lo que más molestó de estos jóvenes era que tenían una perspectiva diferente a Chile, una perspectiva que intimidaba.

Vivir entre dos culturas nunca es ni será fácil.

No fueron pocos los que al no poder asumir su identidad chilena se volvieron por iniciativa propia a su país de origen, es decir, al país de exilio de sus padres.

No son pocos los que durante toda su vida seguirán llevando la duda acerca de su identidad.

Podría darse la situación en una fiesta berlinesa donde se encuentra un cuico chileno con un Tapia, que se conoce la movida de la ciudad y habla mejor alemán que el primero, que fue al colegio alemán y es de apellido Schneider: “¿Donde aprendiste alemán?” “-Soy chileno, hijo de exiliados, llevo casi toda mi vida aquí, no puedo vivir en Chile. Nunca me acostumbré”.

Quizás no se adaptó al racismo y el clasismo en Chile, al ser conservador y algunas otras de las pesadas herencias del colonialismo que siguen latentes y omnipresentes.

En los '90 nadie se preocupó de los hijos de los exiliados, sus conflictos, observaciones, dudas e ideas.

El relato de Marco enfoca, precisamente, esa experiencia, la mudéz de aquellos adolescentes en el momento de su búsqueda, la descripción de la parálisis que provoca el sentirse encerrado entre dos identidades, tan diferentes, como la alemana y la chilena, sin poder definirse concretamente. Parálisis que les provoca un bloqueo y la dificultad de adaptarse en un sistema ajeno, que no conocían ni aceptaban, tratando de superar el silencio sobre sus propias experiencias - cuando nadie les había preguntado ni se interesaba, ni se imaginaba lo paradójico que era ser extraño en un país que se supone que es el de uno.

Miriam Tamayo

JUAN SIN TIERRA Y OTROS CUENTOS

MARCO FAJARDO

Nota

“Juan Sin Tierra” es una crónica inédita. El cuento “El paso” fue publicado en el diario “La Nación” en 1993, mientras los relatos “Supón que hay algo entre tú y yo” y “La muerte después del amor” aparecieron entre 1993 y 1994 en el suplemento juvenil “Zona de Contacto” del diario “El Mercurio”, donde se censuró “La verdadera historia”. “Vacaciones de invierno” apareció en 1997 en la antología “Cuentistas para el siglo 21” de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM).

“Juan Sin Tierra” es el relato de un paseo de una semana de duración que realizó un grupo de adolescentes en septiembre de 1994 por el norte de Chile. Eran hijos de chilenos que vivieron su exilio en Alemania. La mayoría de ellos había nacido y crecido en ese país, y había llegado a Chile al terminar la dictadura, con las problemáticas de identidad y adaptación de quien se crió en el extranjero. El paseo fue organizado por una asociación de un grupo de retornados de Alemania sin fines de lucro, con el apoyo de la embajada germana en Santiago, con el fin de discutir sus problemas y facilitar su integración.

*A Nicolás, Rodrigo, Keny, Marcia, Penélope, Liuba
y demás niñas y niños chilenos de la Hopfgartenstrasse,
Dresden, Alemania Oriental.*

El paso

– Fue un placer ser tu hijo.

Ma me golpeó el hombro en un gesto de incredulidad. Como si no aceptara la verdad. Le sonreí y le dije que era cierto, que por favor me disculpara por tanta huevada hecha, que me arrepentía por todos los dolores de cabeza causados, por cada acto mío que la había hecho sufrir. Gracias, vieja, por aguantarme nueve meses adentro, en lo más hondo de tu vientre, y dieciséis años, mira tú, nada más que dieciséis años aquí en la Tierra, dándote jaquecas con mis sobresaltos de histeria y mis dotes de cargante. De veras te doy las gracias. Es que creo que eres grande en un inmensidad de mujer trabajadora, luchadora, que más que sacarse la cresta por nosotros te diste el lujo de recibirnos en tu vida. Dios, vieja, cómo te quise.

Papá también olía la despedida. Le dio un beso a Ma, un beso corto como para terminar de convencerla de que nada de todo aquello era verdad, de que no íbamos a morir. Era un día lindo, lindo era el día de mi

muerte. Había avanzado irremediamente hacia mí y yo, ¿para qué defenderme?, si era la voluntad de Dios. Así que asumí y di gracias por la estadía en Tierra. El almuerzo había estado delicioso, la tarde era radiante, sabatina. Papá estaba de lo más tranquilo y la hermana Mariana mansa, como había sido toda su vida, mansa recibió el presagio. Sólo Ma no creía: ése era mi consuelo. Para ella, después de aquel espantoso accidente en la Ruta Norte, seguiríamos vivos, más vivos que nunca, porque ella nunca aceptaría nuestra muerte, seguiría conviviendo con nuestros fantasmas.

El auto era pequeño, tan estable que ni hecho parecía para volcarse. Japonés hasta las ruedas y recién pagado, era nuestra satisfacción y segundo coche.

Lo que más pena me daba era la falta que Papá le haría a Ma. Porque eso sí, que nadie lo niegue, él era su compañero, él estaba hecho en la madera para los últimos días a convivir en vejez. Lo quería porque era honesto, valiente, firme en su actuar. Y aunque sé que él, hasta el último momento, creyó que todo era mentira, creo que asumió la muerte con una sonrisa, porque era verdad: no valía la pena amargarse.

Nos subimos al auto: Papá al volante, tan sereno al manejar que no sería su culpa aquel brutal impacto del camión Diesel que a todos nos rompió los huesos. Tomé posesión de copiloto, ansí llegar pronto a mi destino final, no quería más guerra. Y Mariana, tan suave, tan hermana mía, tan dulce que sólo se recogió como en sueños con el impacto. Bajé la ventanilla, hice una seña a Ma, repitiendo las infinitas gracias por todo, y ella insistente con su “¡no seas tonto!”, entre risas y seriedad absoluta.

Finalmente, dejamos atrás la casa materna. La calle era limpia, el sol era más agradable que nunca, y la vida por primera vez se asomó entre tanta tristeza que uno ve cuando está vivo, y mostró sus vestidos hechos de sonrisas y pájaros que revoloteaban en el aire. Puse el cassette de John Lennon, el último que grabó antes de su muerte, y mientras nos deslizamos por la Avenida Central, que irremediamente desembocaba en la Ruta Norte, recé por primera vez en tanto tiempo.

Le hablé a Dios como a un viejo amigo, sin chistar ni reclamar, sólo dando gracias por su amparo durante la estadía. Linda, tan linda la vida. Justo comenzó “Just like beginning again”, esa canción que tiene tanto de fresca y vital. La canté acorde a la radio, que sin prestigio alguno tocó ese himno que nos acompañaría el último trecho, que todavía sonaba, que ni siquiera terminó justo cuando sentimos el impacto, mientras los tres nos remecíamos y aguardábamos pacientes el paso al otro lado. Sí, y aún tocaba Lennon sin estar ya nosotros ahí, cuando el auto dio el bote, el vuelco espectacular. Primero llegaron los gritos de las mujeres, luego el llanto de los niños y finalmente la policía, pero todo era inútil: ya nos habíamos ido.

Supón que hay algo entre tú y yo

Ponte que antes mi vida era tranquila, giraba en torno al escribir, el partido de fútbol los sábados por la mañana, escuchar a los Doors a mediodía, el Mercurio los domingos. Era feliz.

Ponte tú que siempre hemos sido compañeros de curso, pero el uno no ha pasado de ser eso para el otro. Tú, amiga de todos y por todos querida, y yo, el pseudointelectual de la manada casi siempre ingobernable, no nos hemos mirado a los ojos, quizás por esa costumbre postmoderna de descomunicación que es la indiferencia absoluta. El viejo cuento de ser más personalidad que persona. Nuestros diálogos no han pasado de ser monosilábicos, cómo estás, bien, gracias, hola, chao. Quizás nuestra acción conjunta más cercana había sido un abrazo bajo la lluvia cuando supimos que la alianza del curso había ganado, pero supongo que nos lo dimos más porque fuimos el primero que encontramos para abrazar que a otra cosa.

Ponte tú que un día cualquiera, de repente, nos descubrimos ese gusto mutuo por Bécquer, García Márquez o "Demián", de Hesse, que para ambos significa, más que un simple libro que hay que leer para sacarse una buena nota, una especie de revelación. Te comienzo a escribir, y tú contestas. Primero cosas como hoy me siento mal, por qué, problemas existenciales, ¿ah?, okay, en el recreo hablamos. Preguntas y respuestas en alguna hoja de cuaderno, discutimos, provocamos. La banalidad nos introduce a cosas más profundas cuando todo parece estar dicho. Cada uno de nosotros comienza a jugar su juego.

La cosa comienza a ponerse distinta cuando un día te miro y hallo algo distinto en tus ojos verdes. Un amigo empieza a saber de suspiros y alguien sueña siempre con un cierto número telefónico. La lluvia pasa a ser un mirar por la ventana, pero un mirar sin ver. Un mirar de imágenes interiores, de confusión, de miedo, de duda, mientras la gente corre.

Ponte tú que los abrazos en los recreos empiezan a hacerse más frecuentes, bromeamos con eso de que tú eres mi amada y yo, tu Romeo. Nuestro escribir se transforma en un frenético intento de decir cosas que sólo así se dicen y poco a poco nos damos cuenta que el diálogo no basta.

Paralelamente, empieza secretamente ese juego peligroso de escribirse poesías.

Un día cualquiera empiezo a soñar contigo. Las cartas están sobre la mesa, las epístolas escritas, y las miradas, las miradas están cambiadas. Me empiezas a significar.

Ponte tú que yo te pregunto si crees en la amistad entre hombre y mujer. Tú me indagas sobre cómo definiría lo nuestro, y me confieso ignorante. Y me pongo nervioso cuando tú escribes sobre el cuadriculado "amantes... quizás".

Ponte tú que un día de clases tú y yo llegamos de primeros a esa sala fría y vacía. Ella nos recibe solemne, el pizarrón manchado de fórmulas matemáticas, los vidrios empañados, el ruido de la ciudad que gira.

Comenzamos a hablar de cualquier cosa, y de pronto nos damos cuenta que hay algo más, algo en el aire. De repente te hablo de algún parque al borde de la Alameda que odia a las parejas por amarse.

Resulta que te gustaría estar allí y recitar a Withman de pie, entre la hierba. Tus palabras me asustan. Porque me escucho aterrado proponiéndote una cita. Porque hay un silencio, tu mirada que rebota, las manos que comienzan a sudar, mis ruegos para que esto termine y no termine nunca.

Entonces descubro que hay un brillo en tus ojos, y que sonrías. Supongo que imaginas el resto de esta historia.

La muerte después del amor

Subieron al departamento tomados de la mano, más excitados que nunca. Él pensó que ésta era la oportunidad, ella que todo sería maravilloso. Besándose casi echan abajo la puerta, cuando cayeron en cuenta de que alguien escuchaba música barroca en el living. Se acercaron sigilosos y respiraron aliviados pero también algo enojados cuando descubrieron al tío Jano sentado en el sofá, fumando su cigarrillo y la ventana abierta de par en par. No hubo saludos ni abrazos de bienvenida.

– ¿No supieron? –les preguntó sin entusiasmo–. Lo dieron por todos los canales.

A ambos les saturó un sentimiento de incertidumbre y mal agüero.

– Explosiones solares. Las hay hace dos días, sin interrupción. La radiación llegará aquí en menos de una semana. No hay posibilidad de sobrevivir. El planeta está condenado a muerte.

Ellos esperaron una carcajada repentina, algo que rompiera con la broma. Pero nada sucedió.

La verdadera historia

Tres días después de haberlo clavado a la cruz, un dedo apretó el botón. El holograma se elevó a los cielos.

Vacaciones de invierno

– Dale – le digo.

– No puedo – dice ella, y baja la tijera.

Me muerdo las uñas.

– Tienes que hacerlo – le digo. – Ya no aguanto más.

– Esperemos el lunes – dice ella. – El lunes abren las duchas en el gimnasio de la U.

Hoy es sábado.

– Olvídalo – respondo. – Ya no doy más con esta mierda de pelo.

Ella levanta la tijera, agarra un mechón y empieza a cortar. Los cabellos caen al piso tapizado con periódicos para la ocasión. Afuera hace un frío de los mil demonios. Ni ella ni yo nos hemos duchado y simplemente me he puesto encima del pijama un jeans y un polerón. Ella anda en bata y con los calcetines de lana que le trajo mi suegra de su viaje a Chiloé. Son las tres de la tarde y los rayos de un sol que no calienta a nadie entran por

la ventana y ahí está nuestra cama deshecha repleta de olores y la
loza sucia se amontona en el lavaplatos.

De repente, ella se detiene.

– No puedo, Nicolás – y deja la tijera sobre la mesa y se sienta en el
sillón. Yo la miro desde mi silla.

– Tratemos una vez más con el gas – dice.

– Ya lo hicimos, Ale – respondo. – No hay caso. El balón de gas está
vacío.

– La otra vez igual pudiste encenderlo.

– Eso fue hace una semana.

Ella se queda en silencio. Me paro a colocar un poco de música. La
Banda del Capitán Corneta canta qué duros días vivió esa flaca, entre
las piernas de su patrón.

Ella suspira.

Me saco la toalla que ella me ha puesto alrededor del cuello para que
los pelos no me llenen la espalda y el pecho. Camino hacia el calefón
y enciendo un fósforo, doy el gas y se enciende una llama mínima. Ya
en el baño, doy el agua caliente y espero. Nada. El agua sale heladísima.
El calefón niega a encenderse. Apago la ducha. Espero un minuto o
dos y doy nuevamente el agua. El calefón sigue negándose a encender.
Cierro la llave y vuelvo al living.

– ¿Ves?

Ella suspira de nuevo.

– ¿Prefieres que yo me corte el pelo? – le pregunto.

Ella hace como si no me escuchara, mira hacia otro lado.

– Está bien – digo.

Tomo un mechón de mi cabello y luego la tijera, hasta que ella pega
un grito de súplica.

- No lo hagas, Nicolás.
 - Ya te dije que no aguanto más. Hace una semana que no me lavo el pelo y lo tengo asqueroso. No quiero convertirme en rasta.
 - Tú sabes que me gusta tu pelo largo – dice ella.
 - Sí, lo sé.
 - Fue una de las primeras cosas que me gustaron de ti, sabes – dice ella.
 - No voy a ceder a tus chantajes sentimentales.
 - Te apuesto que sí – dice ella, se pone de pie, abre su bata, pega su cuerpo desnudo a mí y me besa la boca con los ojos cerrados. Siento cómo se erectan sus pezones sobre mi polerón y también yo comienzo a calentarme. Después de unos segundos, la aparto.
 - Córdala, Alejandra – digo. – El pelo me va a crecer más tarde.
 - Podrías aguantarte hasta pasado mañana.
 - No jodas.
 - El lunes abren la universidad y podemos ir a las duchas a bañarnos.
 - Olvídalo.
- Nos quedamos un rato sumidos en silencio. Ella cierra su bata y vuelve a sentarse en el sillón.
- Además, hace tiempo que quería cortármelo – digo yo.
 - Mentira.
 - En serio –aseguro. – Ahorraríamos en champú y el gas no se acabaría tan pronto, porque yo estaría menos tiempo bajo la ducha. Ahora tendremos que esperar fin de mes para comprar otro balón.
 - Podemos ir a algún lado. Alguien nos podría prestar su ducha.
 - Ése no es el punto, Ale.
 - Sí sé, Nicolás, ¿tú no crees que yo también estoy harta de tener que

lavarme con agua fría y de comer pan con mortadela todos los días porque no tenemos cómo calentar el arroz?

– Entonces resolvamos por lo menos uno de los problemas.

– Eres un obsesivo, Nicolás. Se te metió en la cabeza que tu pelo ya no lucía bien y que estaba asqueroso así que tu vanidad no lo soporta y tienes que cortártelo.

Me río.

– ¿Estás hablando en serio? – le pregunto. – ¿De verdad crees que es un asunto de estética? Tú misma me dijiste esta mañana que el pelo se me estaba echando a perder.

– Pero no tienes que cortártelo por eso, Nicolás. No cacemos moscas con escopetas.

– Bien, entonces, ¿qué propones? ¿Se te ocurre alguna cosa?

– Podríamos ir a la casa de Germán.

– ¿De Germán?

– Sí, ¿por qué no? Hemos lavado ropa allá. Yo podría hablar con la Rocío y pedirle que nos preste la ducha luego de explicarle que se nos acabó el gas. No creo que haya ningún problema.

– ¿De verdad quieres ir allá?

– ¿Por qué no?

– ¿Quieres volver a ser testigo de una de las “públicas peleas conyugales de Rocío & Germán”?

– Lo de la otra vez sólo fue una discusión – asegura ella.

– ¿Discusión? ¡Casi nos devolvimos con los veinte kilos de ropa, porque cuando llegamos allá tu amiga había encontrado un pelo rubio en una de las camisas de Germancito y había armado una casa de putas por eso!

– Al final no pasó nada – dice ella.

- Yo me sentí como las huevas – digo.
- Todas las parejas tienen peleas – dice ella.
- Seguro.
- Nosotros también tenemos atados cuando se te desbordan las hormonas y empiezas a atinar con otras minas.

Me río sorprendido.

- ¿Así que soy yo al que se le desbordan las hormonas?
- ¿Se te olvida la fiesta tecno en la Gárgola el otro día?

Lo recuerdo. Alejandra se disgustó porque saludé a una vieja amiga.

- ¡Marina es una ex compañera de curso! ¡No la veía hace mucho tiempo!

- Fuiste bastante efusivo.
- ¡No la veía desde nuestra graduación! ¡Sólo nos dimos un abrazo!
- Tú sabes exactamente de lo que estoy hablando, Nicolás. No te hagas el huevón. Yo te conozco la mirada.

- ¡Pero si no pasó nada!

- ¿Y si yo no hubiera estado allí?

Me paro, me agarro la cabeza, me pongo las manos en las caderas.

- Bueno, y si no hubieran hecho el acto por la Reforma Universitaria en el Estadio Chile vos y yo tampoco nos habríamos conocido, pero, ¡qué importa! Ahora estamos aquí, aperrando juntos, viviendo juntos, compartiendo gastos, haciendo el amor...

- Puta que eres romántico, Nicolás –dice ella y se para–. Parece que te dio otro de tus arranques. Mejor te dejo solo un rato para que te relajés.

- ¿Dónde vas? – pregunto.

- A dar una vuelta, ¿no puedo?

– ¿Pero por qué? ¡Sólo estábamos discutiendo!

– Es que te pusiste insoportable, Nicolás.

– ¿Qué te pasa?

Ella se saca la bata, se pone rápidamente un calzón, acomoda el sostén sobre sus pechos, se coloca un jeans y un polerón, saca el dinero que queda sobre el velador, las llaves y se dirige hacia la puerta.

– Me voy – dice.

Me interpongo entre la puerta y ella.

– Entra en razón, Ale. Es que no entiendo por qué lo haces. ¡Yo sólo quería cortarme el pelo!

– Pues no cuentes conmigo. Si lo haces, te dejo. Ahora, sal de ahí.

– Ale, por favor.

Me aparto y ella abre la puerta, me mira desde el umbral, sin decir nada. Luego la cierra y se va.

Regreso al living, tomo la tijera, intento cortar un mechón, pero me resisto. Tal vez sí sea un obsesivo después de todo, pienso.

Juan Sin Tierra

ANTES DEL PASEO

- Sabes, estoy algo asustado – digo.
- Me imagino – dice Rodrigo.
- Va a ir pura gente que no conozco.
- Y eso te da miedo.
- Sí. Un miedo terrible. Como el miedo a lo desconocido. No sabes qué te espera y tienes miedo – digo.
- Yo creo que te va a hacer bien.
- Seguro – acepto pero sin convencerme demasiado.
- Seguro – repite él. – Estás con un montón de cosas adentro y vas a ir allá y te vas a relajar.
- Tienes razón – y me muerdo un labio. – Estoy muy apestado.
- Demasiado – dice él. – Por eso quiero que vayas.

* * *

SANTIAGO DE CHILE, SÁBADO 17 DE SEPTIEMBRE, 1994

Tengo que estar a las nueve treinta en el terminal, pienso. Todo ese montón de gente que no conozco. Me muerdo las uñas. El cielo raso, miro el reloj: las ocho.

No sé por qué estaba tan obsesionado por ir. Porque lo estaba. Un domingo por la mañana, alguien me llama por teléfono y me dice que hay un paseo para hijos de retornados. “Mote con huesillos” se llama el Ausflug¹. Puros jóvenes entre catorce y veinte años. Cuarenta cupos. Ese alguien me da un par de números de teléfono y me desea suerte. Llamo a alguno de esos números. Sí, soy hijo de retornados. Alemania Oriental, Dresde, para ser exacto. Sí, un auténtico Sachse². La mujer al teléfono ríe, le doy mis datos. Me dice que me llama en unos días. Me carga que me digan que me van a llamar. Me desespera.

Pero ella llama.

Ahora es el día, el sábado diecisiete. Puros hijos de retornados como yo, pienso. Con los mismos rollos de no saber su identidad y toda esa cháchara autocompasiva.

* * *

Me levanto, me ducho. Cuando me estoy secando el pelo en mi pieza, pongo “Early Morning” de los A-Ha. Despertarse y escuchar “Early Morning” de los A-Ha: supongo que es un buen comienzo. Como para un libro o una aventura.

En el auto camino al terminal pienso en el último campamento al que fui, hace cinco años, en ese ya mítico año 1989. Fue en las costas de la RDA, en Rügen, cerca del Mar Báltico. Hubo una chica aquella vez, una chilena que vivía en Suecia. Bailé “Eternal Flame” de las Bangles con ella, mi primer lento...

1 “Paseo” en alemán.

2 “Sajón” en alemán.

Terminal. No hay un bus pero sí un montón de chicos y chicas. Algunos se saludan, conversan, se ríen, otros están en un rincón, con padres, madres, hermanos, hay bolsos en el suelo. Veo a una chica punk. Tiene la cabeza pelada al rape y un mechón le cuelga sobre la frente y anda de negro. Veo otros rostros, algunos me parecen familiares, hay un tipo que no deja de tomar fotos de nosotros.

Llega un bus, comenzamos a dejar las maletas. Sí, mamá, llamaré. Y te aseguro que la pasaré bien. Elijo un asiento en el pasillo, junto a una chica de unos trece años. Veo a mamá afuera, me dan ganas de masticar chicle, tengo el personal puesto, "The Joshua Tree" de U2. Mamá me pide que me asome por la ventana.

– Tienes suficiente dinero.

– Sí, mamá.

– Cómpranos algo. Un souvenir.

Sonrío.

– ¿Estás seguro de que llevas todo?

– Sí, mamá. Incluso creo que llevo demasiado.

– No se te queda nada.

– No se me queda nada.

– Cuídate.

– Chao, mamá. Nos vemos.

* * *

Partimos. Estoy sentado en la mitad del bus. En el asiento de enfrente, a mi izquierda para ser más exacto, una chica alta y esbelta, de ojos azules, que lee "El pequeño hobbit" de Tolkien. Está vestida con ropa de verano y se ve realmente rica. Me dan ganas de hablarle. No lo hago, soy un cobarde.

Entre el bullicio, vamos dejando atrás la capital por la carretera. Miro a mi compañera de asiento. Le hablo.

– ¿Cómo te llamas?

– Javiera, ¿y tú?

– Marco.

Sonríe.

– ¿Hace mucho que estás en Chile? – vuelvo al ataque.

– Lo que pasa es que yo nací allá pero estuve sólo hasta que cumplí un año, en Halle.

– O sea que ya no te acuerdas del alemán.

Pregunta boluda, por cierto.

– Nada.

Me ofrece que escuchemos música de su personal a medias y acepto. Pongo un audífono en mi oreja derecha y ella el otro en su oreja izquierda. Canciones grabadas de la radio Rocanpop. Nirvana, “All apologies”, esas cosas.

– ¿Te gustan? – pregunta.

– Más o menos. La verdad es que Nirvana me deprime.

– A mí me encantan.

– ¿Cuántos años tienes?

– Trece.

– ¿En qué colegio...?

– Liceo Uno de Niñas. ¿Y tú?

– Estoy en la universidad, estudio periodismo en la USACH.

Tarareamos los aullidos de Kurt Cobain. La carretera está despejada, escucho gritos desde el fondo del bus. Son chicos que deben conocerse de antes porque están hueveando de lo lindo.

Agoto las preguntas.

- ¿Adónde vives?
- Cerca del Parque Forestal.
- A mí una vez me asaltaron allí.
- ¿En serio?
- Y a pleno día, tipo una de la tarde. Un tipo con un cuchillo de cocina.
- ¿Qué te quitó?
- El reloj.
- Qué mala onda.

Javiera es una cabeza más baja que yo, tiene una cara limpia, ojos marrones y pelo castaño. No sé si eso diga mucho de cómo es ella.

Estamos un buen rato así, escuchando música. Pasamos a “Sabotage” de los Beasty Boys, y luego a “Matador” de los Fabulosos Cadillacs. Gracias a Dios nada de Luis Miguel.

* * *

Me levanto y me pongo a observar a la gente que está a mi alrededor. Detrás de mí hay dos chicas, una de unos quince años y otra de diecinueve o veinte, con un aro dorado en la nariz. No me atrevo a mirarla de frente, lo hago de reojo. Tiene los ojos verdes, el pelo cogido en un moño. Ambas hablan un alemán con fuerte acento berlinés. Exactamente a mi izquierda sigue la chica alta y esbelta leyendo el “Hobbit”.

Repentinamente, una mujer, de baja estatura, pelo corto, se para en el pasillo y pide que le pongamos atención. Se presenta como Antonieta y nos da la bienvenida al viaje. Estoy muy contenta de estar aquí con ustedes, dice, y luego de algunas instrucciones presenta a tres estudiantes que son monitores, o sea, que en este paseo le van a ayudar a dirigir todo el asunto. Son tres estudiantes de Psicología en la Chile a punto de egresar. Dos hombres y una mujer. Uno es Eduardo, un tipo de barba que siempre sonrío y va de asiento en asiento preguntando cómo nos sentimos. Luego está Marcelo, un tipo de ojos verdes que

está sentado al fondo del bus, y Carola, una mina que me recuerda a una ex compañera de colegio.

Antonieta nos dice que en este momento nos dirigimos a Tameicura, un sitio cerca del embalse “La Paloma”, en la Cuarta Región. Se supone que allá acamparemos. Luego dice que ahora nos toca presentarnos. Se trata de que tú presentes a tu compañero de asiento y él te presente a ti. Elige una persona al azar y distintos chicos y chicas van asomando sus cabezas por sobre los asientos y gritando nombres, ciudades, edades.

– Él es Simón, está aquí con su hermano Martín, es de Viña, tiene quince años y vivió en Mannheim.

– Ella es Mónica, tiene veinte años, hace cinco semanas que está en Chile, es de Berlín y vive en Santiago.

– Él es Claudio pero le dicen “El Chino”, tiene catorce años, vive en Viña, es de Berlín Oriental.

– Ella es Dominique, le dicen “Nicki”, tiene dieciséis años, va al Liceo Uno y vive en Quinta Normal. Está en Chile hace cinco años.

– Ella es Katia, tiene dieciséis años, es de Viña, vivió cerca de Stuttgart y va al Colegio Alemán de Viña.

Y así, uno a uno, cuarenta y ocho rostros distintos, chicos y chicas, algunos me parecen familiares, imposible retener sus nombres. De Traiguén, Lota, Talcahuano, Rancagua, Viña del Mar, Santiago y Copiapó. Pienso en los de Traiguén. ¿Dónde queda Traiguén? Javiera me presenta y luego hago lo mismo con ella, con algo de timidez. Odio estar expuesto a tantas personas al mismo tiempo. Afortunadamente, todo sale bien y no llamo la atención.

Pronto terminamos con eso y volvemos a nuestro parloteo habitual. En el bus se pueden comprar bebidas así que Javiera se compra una Crush y me convida. Le agradezco, pero luego vuelvo a mi personal y escucho “I still haven’t found what I’m looking for”, mientras miro las cercas, las piedras, las casas al borde del camino, imagino que filmo un video con esta canción y estos paisajes y los rostros del bus. Veo a un

chico de pelo largo, de rulos, con una polera negra que dice “Sepultura” en letras rojas. Conversa con la chica punk y se ríen todo el rato.

* * *

Hemos llegado a Los Vilos. Podemos almorzar, nos dicen, tenemos tiempo hasta las dos y media. Nos bajamos en el estacionamiento de un gran restorán y yo me pregunto si podré pedir un almuerzo y comer en media hora. El restorán está atestado de gente, mozos corriendo de un lado a otro. Lo primero que hago es buscar el baño. Estoy que reviento. Orino y salgo sin pagar.

Afuera hay unos tipos con canastos vendiendo empanadas por doscientos pesos. Además de varios restoranes, en el sitio hay unos kioscos y un Essomarket. Las empanadas no me tincan a pesar de que el tipo grita que “ponen los ojos azules y encrespan las pestañas”. Y el restorán...

Es entonces cuando me encuentro con el Carlos. A él lo conozco de antes, habíamos ido juntos al campamento de 1989, cuando él no era más que un chico gordo, que molestaba a todo el mundo. Ahora tiene catorce años pero parece de dieciséis o dieciocho, es más alto que yo, tiene dos aros en la oreja izquierda, el pelo largo, una polera de Public Enemy y jeans anchos.

– ¿Vamos a comer algo?

– ¿Sabes dónde puedan vender completos o algo así? –pregunto yo.

– No tengo idea, busquemos – propone. Se nos une el chico de la polera Sepultura, el Rulos, que en realidad se llama Víctor Pablo.

Cruzamos la carretera y entramos a un restorán, también repleto de gente. Nos sentamos en la barra y preguntamos a un tipo que está secando vasos que cuánto cuesta un Barros Luco. Nos dice que luca. Nosotros nos miramos. Estoy muerto de hambre y digo que me voy a comprar uno. Los otros asienten y pedimos tres, además de unas Colas.

– ¿Ustedes se conocían de antes? – pregunto al Carlos mirando a Rulos.

– A este huevón lo echaron de mi colegio – dice él. – Lo que pasa es que el director es inválido y una vez estábamos hablando de él, de su silla y todo eso, y este loco dijo que parecía un imbécil en su silla de ruedas y el director justo estaba atrás.

– Me cagaron – dice Rulos.

– Te cagaron – digo yo.

Miro la hora una y otra vez, los barros luco se demoran, son las dos veinticinco. Cuando por fin sirven, los devoramos apurados. Rulos dice algo de hacer perro muerto y el Carlos se ríe. Pedimos cuentas separadas. Pagamos y salimos de ahí. Los dejo atrás y en un kiosco me compro dos chicles y una cajetilla con dulces de menta. Mamá me ha dado diez mil pesos y soy experto en gastar dinero ajeno, sin asco. Soy bastante ahorrativo, en todo caso.

Luego regreso al bus. Subo y encuentro mi asiento. Partimos, ya estamos de vuelta en la carretera, ya se ve el mar. Estoy sentado solo porque Javiera se ha ido a conversar más adelante con un grupo de chicas morenas de unos trece o catorce años que hablan el castellano con un marcado acento alemán. No me preocupo de nada, de vez en cuando escucho personal, de vez en cuando sólo miro el paisaje. Estoy totalmente relajado.

He hecho esta ruta al norte miles de veces porque Huasco, el pueblo de mi familia, donde voy de vacaciones todos los veranos, está a seiscientos kilómetros al norte de Santiago, por esta misma ruta. Y sé que Ovalle está en el interior así que, en algún momento, deberíamos tomar un desvío. Un rato después el bus toma una carretera que va hacia los cerros, rumbo hacia el interior. Escucho uno de mis cassettes, pero ya no es U2 sino Los Tres. Me siento bien.

Llegamos a Ovalle pero no paramos. Es una ciudad igual a todas las del Norte: calles estrechas, casas de adobe, una plaza con una iglesia, una avenida principal llamada Prat y ningún edificio de más de dos pisos. Me pregunto cómo será vivir aquí, sin televisión por cable, casi digo “lejos de la civilización”. Otro ritmo de vida, imagino.

* * *

Me decido a hablar con la chica del aro en la nariz. Sé que se llama Mónica –lo dijo su compañera cuando la presentó– y que es de Berlín. Así que de repente me doy vuelta e interrumpo a las dos –casi imprudentemente– en medio de una animada conversación.

– ¿De Berlín Occidental o Berlín Oriental? – pregunto.

Ella me mira con sus grandes ojos verdes pero es imposible saber qué impresión le causo, yo y mi repentina pregunta.

– Berlín Occidental – responde.

– Tengo algunos amigos allá – digo– ¿Hace cuánto que estás en Chile?

– Cinco semanas.

Mónica tiene veinte años y un acento increíble pero absolutamente lógico. A juzgar por ello, supongo que ha vivido casi toda su existencia allá.

– ¿En dónde estás viviendo? – pregunto.

– En Santiago Centro.

– ¿Y te ubicas?

– Para nada. Me pierdo súper fácil.

Sonríó y pienso cuando yo llegué a Chile. Recuerdo cómo tomaba micros sin saber adonde iban, sólo dejándome llevar, y caminaba horas y horas memorizando los nombres de las calles del centro mientras recreaba la vista con aquella diversidad de personajes que pueblan los centros de todas las ciudades: desde prostitutas hasta estudiantes, desde mendigos hasta policías, pasando por ejecutivos, lustrabotas, vendedores, cambistas...

No sé por qué de repente pienso en el tío Jano. Él tenía un restorán allá, en Berlín, que se llamaba “El Latinoamericano”. Preparaba las mejores ensaladas chilenas que he comido en mi vida. Era un tipazo, simpático y bonachón, que había estado en nuestra casa cuando vino de visita a Chile porque era amigo de mi padrastro.

– ¿Conoces al tío Jano? ¿Uno que tiene un restorán?

– ¿"El Latinoamericano?"

Asiento.

– Claro que lo conozco, es súper buena gente.

Y me dice en qué barrio vive y que ubica a los hijos. Entonces recuerdo que Skármeta también vivía en Berlín Occidental.

– ¿Y a Skármeta, el escritor? ¿Lo conoces?

– Más a los hijos.

Yo pienso que a mí me gustaría conocer a Skármeta porque es un buen escritor y he leído algunos libros suyos. Pero Mónica dice:

– En realidad no me gusta mucho Skármeta.

– A mí tampoco – miento. – He leído algunas cosas buenas pero no es que sea genial.

– Lo que pasa es que me da la impresión de que aquí en Chile Skármeta está como en un pedestal, todo el mundo dice "Skármeta, Skármeta" y me preguntan por él y gritan cuando saben que lo conozco. A mí no me parece nada del otro mundo.

– A mí me contaron algo súper feo de él –digo. – Que... – y se lo digo.

No recuerdo dónde leí eso o si alguien me lo comentó.

– No sé, se dicen muchas cosas.

Cambiamos de tema. Le pregunto cómo están las cosas allá en Alemania. Las cosas están mal.

– Hay mucho desempleo, racismo...

– Aquí se saben casi puras cosas malas de Alemania – digo.

– Me imagino – responde ella. – Sí, las cosas no están muy bien.

Creo que quería que me dijera eso, que confirmara lo que creo de una Alemania con problemas, para convencerme de estar feliz en Chile.

– ¿Pero tú crees que están mejorando o empeorando?

– Están estancadas.

Se muerde los labios y agrega.

– Realmente no sé cómo seguirán las cosas...

Hablamos otro buen rato de los skinheads y de las peleas en las calles, de las tomas de casas...

* * *

Llegamos a un camino de tierra. Dentro del bus hace un calor horrible y tenemos que cerrar las ventanas para que no entre el polvo. Me pongo los lentes de sol y me siento, tengo hambre. Nos internamos en un lugar lleno de árboles de eucalipto, seco, y pasamos una línea de tren. De pronto, el bus se detiene.

Todo el mundo comienza a acomodar sus cosas para bajar. Murmullo por todos lados. Javiera vuelve a su puesto y se pone su mochila en la espalda. Lentamente, la masa va saliendo del bus con sus maletas.

Caminamos hacia una pequeña escuela. Es un lugar cercado, con una pequeña cancha de fútbol y una casita. Detrás de la construcción pasa un pequeño riachuelo y al otro lado hay un pequeño claro, en medio de altos eucaliptos.

En un terreno escampado, hay un grupo de chicos morenos, de entre doce y catorce años, y algunos adultos, todos vestidos de boy scouts. Cuando llegamos, comienzan a armar unas carpas. Algunos les ayudan, limpiando el terreno de maleza y clavando los apoyos.

Me fijo en un tipo moreno de unos dieciocho años que vi en un documental hace menos de un mes. Se llamaba "Aquí donde yo vivo", lo exhibieron en el Instituto Goethe y era sobre hijos de retornados. Les preguntaban cómo era llegar a Chile y qué sentían en un país que no era el propio. Ese documental lo había rodado el papá del Carlos, que es director de cine, y recuerdo que lo había ido a ver porque aparecía una amiga mía.

No recuerdo el nombre del chico, pero sí que era rapero y que había dicho que hubiera preferido quedarse en Alemania y que se vino a Chile porque sus padres lo obligaron y él no era mayor de edad para quedarse.

Me acerco y le hablo.

– A ti te vi en el documental.

– Sí – responde. Como que la piensa y después dice.

– Susperregui también estuvo – y señala a un tipo con chaqueta de jeans.

Lo miro pero no lo reconozco.

– Lo que pasa es que en el video andaba con el pelo largo.

Asiento, aunque sigo sin recordarlo. Susperregui permanece callado, usa un aro en la oreja izquierda y parece de esos tipos que han vivido muchísimo, casi demasiado, en poco tiempo.

– ¿Cómo te llamas? – le pregunto al moreno.

– Gabriel.

– Marco – y le tiendo la mano.

Comenzamos a hablar de las protestas del último Once. Gabriel cuenta que ese día, en medio de los desórdenes luego de que la marcha terminara en la tumba de Salvador Allende en el Cementerio General, fue detenido junto a varios anarquistas que andaban sacando letreros y paraderos en Recoleta. Lo tuvieron en una comisaría desde las cuatro de la tarde hasta las once de la noche, cuando lo fue a buscar su madre. Cuenta que los pacos los patearon, les pegaron e insultaron. Que los empelotaron y les echaron agua.

– A mí también me detuvieron, pero el martes trece de septiembre, cerca de la universidad, en una protesta – digo yo.

Había estado un rato tirando piedras.

– A las siete de la tarde, cuando me estaba yendo a casa, me agarraron

en una esquina y a palos me subieron al furgón. De la comisaría salí a las once, más o menos, con citación al juzgado.

Casi me siento orgulloso de haber estado detenido porque del grupo sólo lo hemos estado Gabriel y yo. Los otros sólo escuchan y maldicen, pero nadie puede contar algo parecido.

Mientras tanto, los boy scouts ya han armado lo que serán nuestros refugios provisorios por los próximos tres días. Las carpas son seis y varios chicos ocupamos la segunda luego de haber formado un grupo: Gabriel, su hermano Cristian, Susperregui, un chico de trece años llamado Benjamín, un pelado de catorce años llamado Carlos (cuenta que su padre aún vive allá y que es diseñador gráfico, imprime poleras, dice, ésta la hizo él y la muestra) y yo. La carpa es bien grande y azul por dentro. Está bastante hedionda, no sé si a sudor o a plástico. Dejamos nuestras cosas.

* * *

Son las seis de la tarde cuando llega la hora de la comida. Al aire libre hay unas mesas rudimentarias y larguísimas con bancos igualmente rudimentarios y larguísimos, típicos de Ferienlager³. La comida la sirve una mujer que tiene unos treinta años en la “casa”, una cabaña que es la única construcción sólida aquí, aparte de la cancha de fútbol que está al costado.

Hacemos una fila bandeja en mano y uno a uno vamos saliendo con nuestra comida, que devoramos en segundos y se nos hace poca. En unos vasos nos servimos jugo Yupi. Lentamente se va haciendo de noche. Algunos nos juntamos en las mesas y comenzamos a presentarnos. Siempre son las mismas preguntas: cómo te llamas, de dónde vienes, hace cuánto que llegaste a Chile, en dónde vives ahora...

DOMINGO 18

3 Campamentos de verano para niños, usuales en los países socialistas.

Es domingo por la mañana y la carpa está hedionda, realmente apesada. Estamos acurrucados los unos junto a los otros, no por frío sino por falta de espacio. Todos embutidos en nuestros sacos de dormir, algunos vestidos aún, yo en calzoncillos y polera. No quise ponerme el pijama cuando me acosté, tal vez por miedo al ridículo de ser el único en usar uno.

Me levanto, noto que hace calor aquí adentro. Debo tener un aspecto horrible. Siento ganas de ducharme. De un baño decente, ni hablar: al parecer no hay uno solo aquí. Recuerdo que nos hablaron de un río o algo así aquí cerca. No hay otra alternativa.

Busco el nécessaire en la mochila, lo encuentro, en el bolsón está la toalla azul, doblada entre pantalones y camisas. Me saco los calzoncillos y me pongo el único short que traje. Me pongo las chalas, me levanto y salgo de la carpa, la toalla al hombro, el nécessaire en mano, algo de sueño.

Afuera no está tan caliente como pensaba, me golpea un viento helado, pero igual el sol está pegando fuerte. Me estiro. De la carpa de al lado sale un chico de unos catorce, quince años, rubio, algo regordete, de esos típicos sujetos rubios de ojos cafés y sin pecas.

– ¿Te vas bañar? – me dice.

– Sí. ¿Tú también? – pregunto.

– Ajá. Dicen que hay una poza cerca. Los gemelos fueron. ¿Vamos?

– ¿Sabes dónde es?

– No, pero ahí preguntamos.

– Vamos entonces.

– Ya, pero espérate. Voy por mis cosas.

Entra a su carpa. Recuerdo el escándalo que tenían anoche en ella y que yo escuchaba entre sueños. Alguien había vomitado en el saco de dormir de otro alguien porque el primero se había acostado ebrio. Las voces estuvieron discutiendo bastante rato antes de callarse por completo.

El chico sale y empezamos a caminar hacia la escuela. Cruzamos el riachuelo y nos encontramos a una mujer que es la encargada de la escuela. Le preguntamos dónde está la poza. Nos dice que sigamos el camino de tierra y doblemos hacia la derecha en la primera curva. Le damos las gracias y seguimos.

Hay eucaliptos y vemos otras carpas, otras camionetas de gente que también está acampando aquí. Arriba, a lo lejos y entre las montañas, se ven las puertas del embalse, son inmensas. La poza al final de un barranco. El agua está helada.

– Ni cagando me baño acá – dice él. – El agua está heladísima.

Meto un poco los pies y los saco al tiro. Él comienza a lavarse los dientes y se moja algo el pelo.

Grito cuando entro al agua. En pocos segundos me mojo entero, el agua me llega hasta la cintura. Me jabono. Cuando termino me siento mucho mejor. Me he lavado el pelo, ahora sólo me falta cambiarme de ropa.

* * *

De regreso, encontramos a muchos desayunando. Me siento solo en un banco y comienzo a comer el pan y a beber algo de té. Al frente se sienta una chica y luego llega otra. Las saludo.

– Me llamo Marco.

– Paula.

– Gabriela.

– ¿Qué haces? – pregunta Paula.

– Estudio Periodismo – digo yo, sin dejar de masticar.

– ¿Por qué? – pregunta Gabriela.

– Me gusta escribir – respondo. Trago. – Incluso traje algunas cosas.

– ¿En serio? –pregunta Paula.

– Voy a buscar algo –digo, y me levanto. Regreso de la carpa con un escrito y se lo muestro.

No hay nada peor que estar enamorado de la mejor amiga y haberle dado un beso y no saber hacia donde van las cosas. Me siento como si estuviera haciendo dedo en la mitad de la carretera, entre Iquique y Antofagasta, no se ve nada, no sé donde está el norte, no sé dónde está el sur. Pienso en los cuatro millones de pungas y no puedo creer que todos sean ladrones y asaltantes y cogoteros porque si así fuera ya habría quedado la cagada. Como la mansa cagada que quedó cuando Marx publicó el Manifiesto Comunista: les juro que el tipo no sabía lo que iba a desencadenar su gracia. Puedo ir a una fiesta pero tengo sólo una entrada y me pregunto por qué mierda siempre tengo que ir solo a los cines y las fiestas comerciales. Detesto la televisión, todos hacen

como si estuvieran interesados en ti y en el fondo lo único que quieren es tu dinero. Le mandé un papel a una chica el otro día, en mitad de clase, escribí en un papel 'eres una chica exquisita' porque ella lo es y estoy orgulloso de haberme atrevido a hacerlo. Lo mejor es irse a la orilla de un río y escuchar cómo pasa y comerse un sándwich y estar en silencio. My eyes have seen you. Tocaron esa canción y desde entonces todo es angustia, tomar el teléfono, marcar su número, escuchar que contesta y colgar. Y llamar de nuevo. A veces pienso que nací en la época equivocada. Ahora todo da lo mismo, todos estamos en mitad de la carretera, somos un ganado disperso que arrastra el cuerpo contra el viento, todos vestimos jeans. La pasión se reduce a discutir si jugó mejor el Colo o la U: nada más. De la casa a la U y de la U a la casa. Sabes lo que debes hacer: estudiar, sacar el título, trabajar, formar una familia y encontrarte un día haciendo cola en el INP por un puto cheque de veinte lucas. Pero todo es siempre lo mismo: I can't get enough satisfaction.

'Mientras más hondo cave el dolor en tu corazón, más alegría podrá contener,' dice Gibran fumándose un pito en Palm Beach, una noche de julio del '69. Digo: un día la República Democrática Alemana va a ser leyenda y voy a poder decir yo viví allí. No hay caso. Me siento como "Creep" de los Stone Temple Pilots, nunca la pude grabar. Un día de estos va a pasar algo grande, va llegar Jesús o algo así, y todos nos vamos a abrazar, todos. Las armas al mar. Quemem las naves. Porque ahora vivimos esta obra de teatro de democracia y libertad, todo muy bonito en Chile pero algo huele mal al sur del Río Grande. La economía es más importante que el amor. Ladrones sueltos cantando "No le dijo nada". Te amo, qué significa eso, qué significa esa palabra, amor. What we talk about when we talk about love. Correr por el prado hasta caer derrotado. Te observo y me gustas y me da pena cuando veo que llega tu pololo y se besan y miro hacia otro lado, ahí está la mujer que me gusta con el hombre que le gusta. Cristo. Los militares hablan de honor. Los curas de divorcio. Pero si los curas nunca han sabido lo que significa estar casados. Que otro muerda el polvo.

– ¿Qué tal? – le pregunto cuando termina.

Paula me mira y mira el papel y dice:

– Bien, creo que no es perfecto.

Luego le pasa el papel a la chica llamada Gabriela y ella también lo lee. Bebo otro poco de mi té.

– A mí me gusta.

* * *

Después del desayuno, nos reúnen para realizar una actividad bajo los árboles. Antonieta nos explica que nos dividirán en cuatro grupos para que sea más fácil trabajar. Y, contándonos con su dedo índice, va dicien-

do, uno, dos, tres, cuatro, uno, dos, tres, cuatro. Quedo como cuatro. Nos juntamos todos los cuatros.

Es entonces cuando me fijo en una chica de la cual no me había percatado antes. Lleva una larga y delgada falda artesana, de tonos oscuros, y una polera negra que deja ver su ombligo. Tiene una mirada seria, pero cuando sonrío, se le ilumina el rostro. Piel de bebé, ojos marrones, manos pequeñas. Cuando se presenta, dice que se llama Katia.

Antonieta explica que lo primero que debemos hacer es lograr confianza. Dice que la confianza se da de palabra pero que también es corporal. Nos invita a ponernos en círculo, de pie. El ejercicio es el siguiente: te pones al centro, cruzas los brazos sobre el pecho y cierras los ojos. Entonces debes decir.

- Hola, soy Marco.
- Hola, Marco – responde el grupo al unísono.
- Confío en ustedes – digo.
- Confía –responden ellos, otra vez al unísono.
- Voy – digo.
- Ven – responden ellos por última vez.

Es entonces cuando empiezo a dejarme caer. De pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos cerrados, siento como las otras manos me van sosteniendo y empujando suavemente, evitando que caiga al suelo. Voy rotando y siento ese ejército de personas que me sostienen. Confío en ellas, confío en que no me dejarán caer. Es una sensación de bienestar.

Uno a uno vamos realizando el ejercicio. Van pasando Heraldo, Diego, Nicki, Martín, la propia Antonieta.

Luego hablamos de lo importante que es confiar en las otras personas. Que no podríamos vivir sin confiar en ellas. Hablamos de cuando hemos sido decepcionados por otros, Martín cuenta que una vez golpeó a un compañero de curso que lo traicionó, lo golpeó a pesar

de que era su mejor amigo.

– No me arrepiento – dice.

Ahora, Antonieta nos pasa a cada uno un papel y un lápiz.

– Se trata de que ustedes escriban lo que están sintiendo en este momento, lo que se les ocurra. Dejen fluir sus pensamientos a través del papel. Qué sé yo, si escuchan un pájaro escriban “estoy escuchando como canta un pájaro”.

Comenzamos. Escribo sobre la espalda de alguien. Siento como Katia, sentada a mi lado, escribe sobre mi espalda.

Estoy en este paseo porque quería venir y quería conocer a todas estas personas y quería decirles lo que he sentido en todos estos años, nací en un país que ya no existe y mi familia es un vidrio trizado, y tengo problemas de identidad porque no sé si soy chileno o alemán pero ya me estoy poniendo autocompasivo de nuevo.

Luego leemos los trozos en voz alta y hablamos acerca de ello. Heraldo, de veintitantos, cuenta que llegó hace años y que ya se le había olvidado lo que significaba ser hijo de exiliados, lo que significaba su identidad, que lo había guardado y que ahora todo eso ha reflatado al compartir con nosotros. Nicki dice que se ha dado cuenta de que en mucho tiempo ha estado muy preocupada de los demás y no de sí misma.

Cuando terminamos, Antonieta, la monitora, dice que nosotros vivimos una historia distinta a la que vivió su generación.

– Nosotros perdimos el tiempo en tratar de convencer al resto de que lo que nosotros creíamos era lo correcto. Ustedes no deben convencer a nadie: simplemente han de buscar y encontrar su propio camino. Y esa es la diferencia con nosotros.

Noto que con el tiempo me siento mucho mejor. Miro a Katia...

El próximo ejercicio consiste en juntarnos en parejas: uno será el ciego y el otro, el guía del ciego. Se supone que debemos salir, caminar

por la tierra. Mi pareja es Katia y primero, yo soy el ciego. Deseo que me tome de la mano pero me agarra el brazo. Cierro los ojos y luego caminamos un rato, yo en total oscuridad. Después le toca a ella.

Luego, los pequeños grupos se disuelven y los cincuenta que somos nos reunimos nuevamente. Nos sentamos en círculo, en el suelo.

Uno de los monitores, Marcelo, explica el ejercicio.

– Ahora se trata de que cada uno anote en un papel un objeto que lo identifique. Puede ser un libro, un animal, un collar. No tienen que firmar.

Comenzamos a escribir. Yo sólo anoto tres palabras: “collar Che Guevara”.

Mi collar del Che Guevara, el que siempre llevo puesto, el que compré en la feria artesanal frente al cerro Santa Lucía.

El papel lo meto en una bolsa que va pasando. Luego, cada uno va sacando papeles y leyendo en voz alta los nombres de los objetos.

– Skate – lee alguien.

Todos miran al Carlos.

– Bueno, yo puse al skate porque cuando ando en él me siento libre, me gusta hacerlo.

– Las cartas de mi papá.

Paula levanta el brazo y le devuelven el papel. Mira el papel y luego el suelo y balbucea.

– Bueno, las cartas de mi papá, siempre las leo y... – se le corta la voz.

– Prefiero no seguir hablando.

Otro objeto.

– Carnet de la Jota.

Es Katia. Guau, no hubiera pensado que ella perteneciese a la Jota...

– Yo puse el carnet de la Jota porque luché mucho tiempo por obtenerlo y ahora lo tengo.

– El mar.

Este es de Camila, la chica más hermosa del paseo.

– No quiero explicarlo – dice.

Es entonces cuando sale el mío, el collar Che Guevara.

– El Che Guevara fue un transgresor y yo lo admiro por eso. Quisiera ser como él, no me siento muy bien en esta sociedad.

Y así van pasando, uno a uno, diarios de vida, perros, joyas. Cincuenta voces de personas hablando acerca de ellas mismas.

Cuando termina la actividad, nos toca tomarnos unas fotos. Todos nos amontonamos, yo me pongo de rodillas y recuerdo esas fotos que le hacen a los equipos de fútbol antes de iniciar los partidos. Son varias, todos sonreímos, algunos hacen orejas de burro a otros. Pero todos estamos ahí.

* * *

Después del almuerzo y de haber descansado un rato al sol, Marcelo organiza un partido de fútbol en la canchita. Armamos equipos mixtos, algunas chicas también quieren jugar. Nos vamos turnando. A mí me toca en el equipo que juega primero. Jugamos cinco o diez minutos por partido. Ganamos, cinco contra dos, el primer encuentro, recibo una patada de Lili, que me la propina sin querer, yo me quejo pero también hago algo de teatro, nos reímos. Hago uno o dos goles.

Ya es media tarde cuando decidimos irnos a bañar a la represa. Vamos por nuestras toallas, nos ponemos nuestros shorts y partimos. La caminata es larga, tenemos que cruzar campos sembrados de pequeños pantanos. El lugar es una piscina gigante. Unos cincuenta por cien metros, todo bajo una inmensa pared de unos setenta metros de altura. Cuando aplaudes o gritas, el concreto te devuelve el eco. Aquí baja el agua cuando abren las compuertas.

Nos tiramos al sol, algunos se meten al agua, Martín trajo una colchoneta y colgado de ella flota de un lado a otro.

A lo lejos vemos a Francisca, la chica que leía “El pequeño hobbit” durante el viaje en bus. Está en bikini. El hermano de Gabriel, Cristian, trajo unos largavistas y nos peleamos por observar a la Pancha a través de ellos, hasta que ella se da cuenta y se pone un vestido.

Entro al agua. Está helada y lentamente va subiendo por mi cintura hasta que me sumerjo. Nado un poco, hasta alcanzar la colchoneta de Martín. Estamos un buen rato así, hasta que se va y me quedo solo. Me tiro encima del plástico y me bronceo, es agradable. Cierro los ojos y escucho las voces de los otros. Pienso en Katia.

Cuando se comienza a poner frío, nos vestimos y nos vamos de ahí, de regreso a nuestro campamento.

* * *

Tomamos onces, unos panes con mortadela y queso y algo de té. Estamos hambrientos y cansados y sentados ante aquellas mesas, lo devoramos todo, algunos charlan, otros comen en silencio.

Alguien pone música en una radio. Suena Illapu, algo de Silvio. Yo le pido un cigarrillo a alguien y pongo a los Doors. Los escucho fuerte, a todo volumen, es una cosa que sé que no la voy a olvidar, escucho las canciones que más me gustan y descubro un nuevo rasgueo y aspiro el cigarrillo imaginando que es marihuana pero la paso mejor que cuando fumo marihuana, los sonidos me absorben, me libran. A mi lado están sentados conversando el Carlos y Mónica, la chica del aro en la nariz. Los saludo.

El Carlos pone un cassette y lo retrocede hasta el principio.

– ¿Qué vas a poner?

– Bodycount.

– ¿Qué es eso?

– Es un grupo de rap, negros.

- ¿Cómo se escribe? ¿Qué significa?
- Cuando en la guerra de Vietnam los gringos hacían el recuento de los soldados muertos, eso se llamaba “bodycount”.
- Escuchamos. Es el diálogo en inglés de un negro con un policía.
- Buenas noches, señor, ¿me podría decir dónde está la calle...?
- No te tengo que andar diciendo nada, negro hijo de puta. Lárgate.
- Pero señor, yo sólo quiero saber esta dirección...
- Ya te lo dije, negro. Lárgate de aquí antes que te eche a patadas.
- Pero señor, ¿acaso su función no es servir a los ciudadanos?, ¿cuál es su función?
- Te equivocas, ¿sabes cuál es mi puta función?, es MATAR NEGROS (se escucha un disparo, y luego otro, y luego otro), MATAR A NEGROS COMO TÚ, HIJO DE PUTA.

Algunas chicas comienzan a bailar el rap, intentan infructuosamente realizar una coreografía en conjunto. El rap tienes que sentirlo, me dice alguien. El rap no es una diversión, es un estilo de vida, me explica Carlos. El rap no es MC Hammer o Vanilla Ice, sino Ice-Cube, Cypress Hill, Bodycount, me dice.

* * *

Me voy de ahí. Camino hacia las carpas. Cerca de una de ellas, varios están sentados alrededor de una lámpara a gas, leyendo poesía. Hay libros por todas partes, también una guitarra. Son los tres monitores, Lili y Gabriela. Recito un poema de Mauricio Redolés.

No importa

*Hay viejos culiaos
que no creen en nuestro amor
no importa
hay viejos culiaos
que no creen en la liberación de la mujer*

*no importa
hay viejos culiaos
que no creen en la rebelión punk
no importa
hay viejos culiaos
que no creen que en un poema se pueda decir
viejo culiao
no importa
no importa, si yo la quiero y usted me quiere
no importa, escuchemos a la mitad de la humanidad
que sangra una vez al mes
por toda la humanidad
no importa, avivemos la cueca punk
no importa, escribamos poemas llenos de groserías
metámonos el espíritu
por el oyarzún
¡no importa ohhh!*

Hay algo de vino caliente y me convidan. Estamos en silencio, cada uno con un libro distinto. Hay una solemnidad en el aire, como si todo se tratara de un ritual. Leemos un Neruda, un Parra, un Benedetti.

Escribimos en las cortezas de los árboles. Gabriela me regala uno que lleva escrito lo siguiente.

BASTA CON MIGUEL Y EL CHE. AHORA, TE TOCA A TI.

Debajo pone su nombre y la fecha con plumón. Pienso en Miguel Enríquez, pienso en el Che Guevara, casi con nostalgia, aunque ambos estaban muertos hace años cuando nací. No sé qué va a ser de mí. Es difícil ser a diario el transgresor, es difícil quedarse solo, la marginalidad se paga caro.

Pero no se lo digo.

Cantamos. Me prestan la guitarra y toco “Canción para mi muerte” de Sui Generis y “El viaje” de Schwenke y Nilo y muchas otras canciones que suelen tocarse cuando uno toma vino caliente junto a una fogata.

Charlamos acerca de nosotros mismos, reímos, contamos acerca de nuestras vidas, pero cuando cantamos es hermoso.

* * *

A la una de la madrugada alguien se acerca y nos dice que ya es diecinueve de septiembre, que vayamos a una fonda cercana. Hay luna llena, nos movemos en grupo por aquel camino polvoriento, sin pavimentar, que pasa al lado de la carretera, no lejos de la línea del tren.

Medio mundo está allí. El dueño del local alterna música disco de segunda con cumbias de mentira. Algunos chicos bailan, pero la mayoría está sentada en los bancos, bebiendo cerveza.

Me pongo a discutir sobre Lenin con un tipo llamado Erick, que ya está medio borracho. Tiene veinte años, pelo corto, dos aros en la oreja izquierda y uno en la derecha. Es un nihilista.

– Mi ex polola siempre me decía que yo ya había perdido la esperanza.

Aparece Katia. Empieza ese juego de preguntar qué música le gusta, qué quisiera estudiar, cómo se lleva con sus compañeros de curso...

LUNES 19

Nos levantamos *early morning*, temprano en la mañana. Hoy tenemos una salida a un parque arqueológico por aquí cerca. Cuando voy a la llave de agua a lavarme los dientes y a enjuagarme la cara luego del desayuno veo el bus. Para salir me pongo unos jeans viejos y una polera blanca que dice “Sonríe, tu polola me ama”, con un smile al lado.

En el bus me siento adelante, al lado de Benjamín, un chico de trece años que a pesar de estar ya casi dos años en Chile aún no sabe pronunciar la “erre” y tiene un acento inconfundible. Veo a alguien leyendo “La Cuarta” y se la pido. Una noticia de los interiores: detuvieron a un anciano brasileño de ochenticuatro años que pretendía mostrar que “aún era viril”. La víctima, otra anciana, en el hospital.

Voy pasando el diario para atrás.

Pasamos Ovalle y tomamos un camino de tierra. El polvo entra por las ventanas y tenemos que cerrarlas. Comienza a hacer un calor terrible dentro del bus, el polvo sigue colándose por algún lado y escucho a varios toser.

Charlamos de fútbol con Marcelo, el monitor, y otros chicos. Recordamos el Mundial que acaba de pasar, las jugadas, el gol de Estados Unidos contra Suiza, los de Rumania contra Colombia. Luego pasamos a campeonatos anteriores, recuerdo cuando Francia eliminó a penales a Brasil, en los cuartos de final, en México, el legendario año 1986, cuando Sócrates falló un penal y Platini otro. Llegamos hasta Rossi, jugador insigne de la selección italiana de España 1982.

El camino comienza a hacerse escarpado y estrecho, bajamos un camino estrecho hasta llegar a lo que parece ser un puesto de vigilancia, en la entrada al parque. El bus se estaciona, entre unos árboles, en el fondo de aquel pequeño valle.

Nos bajamos. Trato de mantenerme cerca de Katia, sin lograrlo, conversa con el Pelao, un chico de nuestra carpa. Un guía nos enseña piedras con jeroglíficos que sólo se ven a cierta hora del día –ahora– y algunos hoyos tallados en rocas lisas. También descubrimos tinas naturales de agua. Imagino que ahí los incas que conquistaron esta área se bañaban y hacían el amor con sus mujeres.

* * *

La mayoría está sacando fotos, de a uno, de a dos, en grupo, se hacen orejas de burro, se atraviesan, corro para poder salir en algunas fotos. Alguien me presta su jockey porque sé que la cara me va a arder por la noche si no me lo pongo. Miro a Katia de reajo, tiene puesta una blusa azul oscuro que deja ver sus hombros, y una larga falda hippie.

Caminamos por senderos estrechos, por todos lados hay cactus, piedras lisas, polvo, el cielo es azul, limpio, y hace calor. Los cactus son altísimos, algunos están secos.

Junto al parque hay un camping. Está lleno de familias con sus parrillas, hay autos y furgones y camionetas Luv por todos lados, carpas, música,

gente bailando cumbias o música tecno. Hay basura en los riachuelos, vasos de Coca Cola, en el agua puedo ver restos de bencina. Pienso que en un parque arqueológico en Alemania jamás permitirían que la gente acampara allí.

Allí almorzamos, a la sombra de un árbol. Por cada persona hay un huevo, una naranja, un jugo y dos panes con mortadela y queso. Me compro una bebida. El grupo está sentado en forma de caracol, algunos me dan la espalda, nadie come en silencio, hablamos con la boca llena. Algunos me piden bebida y les doy. Le regalo el huevo que me toca a Diego, el hijo de Antonieta, tiene once años y es rubio y mimado por las chicas por ser el menor.

Cuando terminamos, el Rulos y Carlos comienzan a contar chistes. Rulos cuenta uno de un gallego.

– El tipo va solo al estadio y se sienta a ver el partido. De pronto, siente que alguien grita desde atrás de él: ¡Manolo! Él se da vuelta, pero no ve a nadie conocido. Entonces oye de nuevo una voz que grita: ¡Manolo! De nuevo se da vuelta pero no puede ver a nadie. Entonces, por tercera vez, alguien grita: ¡Manolo! Entonces el gallego se da vuelta y dice: “Ya, déjense de joder, que no me llamo Manolo”.

Hay chistes buenos y malos, chistes que ganan aplausos y chistes que ganan pifias. Hemos terminado la comida. Las cáscaras de naranja, junto a las cajas de jugo, se amontonan en un cartón.

El Carlos dice que quiere escalar un cerro, es un cerro que parece pequeño pero te vas a demorar en subir, le decimos. Él responde que tiene ganas de ir y pregunta si alguien desea acompañarlo. Algunos se levantan y veo cómo parten, son las dos de la tarde y hay tiempo hasta las cuatro para hacer lo que se quiera.

Salgo con un grupo formado por Marcelo, Rulos, Heraldito y yo. Caminamos por un estrecho sendero hacia un cerro, hasta que encontramos un lugar a la sombra, al pie de una gran roca. Nos recostamos y hablamos de mujeres, de las chicas más bonitas del viaje y de cuál le gusta a cada uno. Marcelo cuenta que pololeó durante cuatro años

con una compañera de carrera y que rompió hace poco, por suerte no planeamos hacer la tesis juntos, dice. Nunca se enamoren de compañeras de curso, es lo peor, dice. También hablamos de drogas y alcohol. Marcelo cuenta que cuando estaba en Valdivia estudiando Ingeniería, en un cumpleaños en su pensión, probó la marihuana por primera vez.

– Quedé chato en el baño, no me podía levantar – recuerda.

Nos cuenta que algunos compañeros de universidad se quedaron pegados con la cannabis, él no, pero algunos amigos sí. Dice que fuma pero que no es adicto.

Volvemos al bus y partimos. Me siento cerca de Katia y hablamos sobre nuestros equipos de fútbol favoritos. Ella me pide los lentes de sol y se los pone. Le sonrío. Conversa con otra chica, hasta que se queda dormida, con las gafas puestas. Se ve pequeña y frágil.

* * *

A mitad de camino Antonieta pregunta si queremos parar en Ovalle y contestamos con un ruidoso ¡sí!, todos juntos. El calor es sofocante, nos bajamos cerca de la plaza, el bus se estaciona junto a otros buses, frente a varias agencias de viajes. Nos dividimos: algunos van a llamar desde un teléfono público situado al borde de la calle, otros compran helado o bebidas. Entro junto a otros a un negocio y gasto mi dinero en cigarrillos y en un litro de jugo de naranja que guardo en mi mochila. Algunos están sentados en la calle comiendo papas fritas.

Camino un poco más allá, hay varios sentados en un banco de la plaza. Me acerco. Son Mabel, Simón, Erick, la Cata y Eduardo. Beben cerveza de una botella Becker de litro y fuman, en silencio, diciendo unas pocas palabras de vez en cuando.

Se nos acerca un vagabundo. Es moreno y viejo y anda con ropa sucia. Nos pide cigarrillos y Erick le da uno, también le dejamos algo de la cerveza. Habla cosas incoherentes, frases sueltas que no comprendemos y que nos hacen sonreír. Pero nos despedimos de él antes de irnos. En el trayecto al bus Eduardo me cuenta que cerca de donde él vivía

había un vagabundo al cual la gente siempre le daba comida. No sé cómo averiguó que el vagabundo había sido un médico respetable y que había caído en tan deplorable estado por culpa de un amor no correspondido. “Hay cosas interesantes en este tipo de gente”, me dice. “Siempre algo que aprender”.

* * *

Antes de subir al bus me desvíó hacia un teléfono. Marco el 108 y le pido a la operadora una llamada con cobro revertido a Santiago, por favor, el 2 857463. Escucho como suena y nadie contesta. Pienso que hoy es lunes diecinueve de septiembre, día feriado, que mamá debe haber salido al Cajón del Maipo con amigos o algo así. Cuelgo.

* * *

De regreso en el campamento, tomamos onces sentados en aquellas mesas inmensas y largas y de madera. Hoy está prevista una fiesta de despedida. Es nuestra última noche aquí (“gracias a Dios, ya no soporto los zancudos”, dice alguien) y los monitores ya están preparando vino caliente y veo cajas de cerveza en un rincón. Cuando termino ya es de noche, voy a entregar mi bandeja y agradezco la comida a la cocinera que compadezco por tener que alimentar y soportar a esta tremenda tropa. Voy una vez más a la carpa, me echo algo de colonia y en la llave de agua me mojo el pelo.

La música ya suena y algunos ya están bailando y otros conversan sentados en las mesas. Me siento al lado de Katia y comenzamos a charlar. Le pregunto dónde vivía en Alemania.

– Stuttgart – dice ella. – En realidad, no era en Stuttgart, era cerca de allí.

– ¿Tienes más hermanos?

– No.

– Yo tengo una hermana.

– ¿Cuántos años tiene?

– Diecisiete.

– ¿Y cómo se llevan?

– La raja.

– Yo siempre quise tener uno.

Bebemos vino navegado y fumamos. Compartimos los cigarros y algo de cerveza.

– ¿Y adónde sales en Viña?

– Voy a la subida Ecuador. Es como el Bellavista de Santiago. Lleno de restaurantes y lugares donde hay jóvenes tocando canciones de Silvio Rodríguez, y también hay salsotecas.

– No me gusta la salsa.

– Hubo un tiempo en que me gustó el rap. Como hace dos años – dice ella, y me la imagino con esos jockeys que usan los breakdancers, haciendo pasos que no puedo imitar. – Pero se me pasó. ¿Y a ti qué te gusta?

– De todo, menos heavy metal. Inti-Illimani, Silvio, Pink Floyd, Sting... esas cosas.

Ella es mucho más artesa que yo. Se le nota. Me habla de libros que ha leído, de autores rusos. Yo jamás he leído ningún libro de Tolstoi o Dostoievski.

Luego hablamos de nuestros padres. Me cuenta que el suyo estuvo cuatro años en prisión. Que la conoció cuando ella ya tenía un año. Y que la quería más que ninguna otra cosa en el mundo.

– Mis padres se asilaron en la embajada de México – digo yo. – Sólo por eso, mi madre no pudo entrar a Chile en doce años.

Escuchamos canciones de Bob Marley y le digo que bailemos. Recuerdo que me ha contado que todo el mundo le dice que ella baila muy sensual. Y es verdad. Es reaggae.

*I wanna love you
every day and every night
we'll be together
every day and every night
is this love, is this love, is this love, what I'm feeling?
I wanna know, wanna know...*

Hemos conversado toda la noche y ahora estamos aquí, bailando a Bob Marley, me siento bien. Otra canción de Bob, es "Could you be loved", todos gritamos y bailamos con frenesí.

Ahora lo único que quiero es que toquen un lento. Un lento, por favor. Veo que sonrío. Cuando la música cesa un momento, nos abrazamos y volvemos a nuestros asientos.

– ¿Por qué siempre estás tan seria?

– No sé, es que... en realidad no quería venir a este paseo.

Comienzo a jugar con sus dedos y finalmente le tomo la mano.

– ¿Por qué?

– Mis papás me obligaron a venir. Me dijeron: o vas o vas. El viernes terminé con mi pololo y estuve en una fiesta que duró como hasta las cuatro. A las seis me tuve que levantar para venir a Santiago y tomar el bus con los otros.

Nos quedamos un rato en silencio. Entonces ella se inclina hacia adelante como tratando de ver algo que sucede a nuestro lado. La beso. Una y otra vez, por los dos lados. Nos abrazamos.

Luego nos levantamos y separados bailamos rap en una ronda que se forma, hacemos pasos y coreografías y reímos.

Son la una y nos toca ir a acostarnos. La voy a dejar a su carpa.

– Sueña con los angelitos – digo – y con elefantes que saltan de flor en flor.

– Voy a soñar contigo – me dice, y me da un último beso.

Voy a mi propia carpa. Los otros me dicen cosas, me preguntan qué onda, no les contesto, sólo me acurruco en el saco y duermo. Creo que soy el hombre más feliz del planeta.

MARTES 20

Hay un baño con un Plumpsklo⁴ y una manguera. Te encierras en el baño con la manguera y le pides a alguien que abra la llave del agua. Entonces te duchas, sobre tablas de madera podridas, como puedes te echas el jabón y luego el champú. El agua está helada esa mañana.

Salgo y comienzo a secarme. Tengo puesto mi traje de baño y me gotea sobre las piernas. Me echo desodorante en barra bajo las axilas –con Ego, le cambiará su vida– y me peino. Mis chalas son azules y dicen Proyomax, Mamá me las trajo de Iquique. Me encamino hacia mi carpa para ponerme ropa seca. Me cruzo con Katia, quien, toalla en mano, se dirige hacia la “ducha”.

– Hola, Katia.

– Hola, mi amor – dice ella, y sonrío.

Luego me siento a la mesa a desayunar. Mastico mi pan con mortadela y queso y bebo lentamente el café. Alguien me dice que hoy nos vamos a La Serena.

Cuando regreso a la carpa, los otros ya están guardando sus cosas, enrollando los sacos de dormir. Hay un olor horrible.

– Anoche el Chino vomitó – me dice Gabriel.

– ¿Aquí?

– No. Anoche el Chino se acostó y me dijo que se sentía mal, que quería vomitar.

4 Alemán: Baño sin agua corriente, típico en el campo.

– ¿Y?

– Entonces se asomó y sacó su cabeza por la carpa y vomitó.

– Por suerte no lo hizo aquí.

Comienzo a arreglar mis cosas.

– Por suerte nos vamos de aquí – me dice el Pelao.

No contesto.

– Ya no aguantaba los zancudos.

– Creo que incluso había arañas – digo.

– Por fin duchas. Creo que allá donde vamos hay duchas – dice él.

– Vamos a llegar a un Internado de Niñas – dice Gabriel.

– Qué bien – dice el Chino, que casi nunca dice nada.

– Camas limpias, ¡un colchón! – dice el Pelao. – No más dormir sobre piedras.

Se asoma Eduardo, el monitor al que todo el mundo llama Don Quijote por su barba y su bigote extravagante.

– Apúrense, hay que subir las cosas al bus – dice secamente.

Agarro mis cosas y salgo de la carpa. Cruzo el riachuelo y la pequeña cancha de babyfútbol y ahí está ese inmenso bus año sesenta que parece ser sacado de un episodio de “Los años maravillosos”. El chofer guarda mis cosas y me cuenta que viene desde San Juan, Argentina. Qué viaje, le contesto yo.

Entonces veo a Katia con sus cosas, dos o tres bolsos. Abajo ya no hay espacio así que subimos con sus cosas al bus, que adentro es más estrecho de lo que se imagina, estrecho y bajo. Nos instalamos en el penúltimo puesto, ella en la ventana. Dejamos las cosas en el pasillo.

– ¿Cómo dormiste?

– Bien – bostezo – ¿Y tú?

– Excelente – le digo, y me inclino a darle un beso.

El bus parte, atrás queda el campamento. Katia apoya su cabeza en mi pecho y cierra los ojos. La abrazo, escucho cómo respira y ella escucha latir mi corazón. Hablamos bajito, de cualquier cosa... Se duerme apoyada en mí.

* * *

Llegamos a La Serena pasado el mediodía. El Internado de Niñas está al final de una avenida, en lo alto, una subida. Es un edificio de aspecto colonial, de color amarillo y rojo, con esos techos de ladrillos rojos. Bajamos del autobús, sudorosos y cargados, y entramos en un pasillo amplio y helado, que nos salva de la temperatura del día. El piso tiene unas baldosas negras y frías, hay una mesa de pin-pon y un teléfono público. Nos recibe una señora baja, regordeta, amable, que nos indica que subamos las escaleras.

La manada entra a un dormitorio inmenso, que a la entrada posee dos baños –uno a la izquierda y otro a la derecha– y varios cuartos con camastros sin colchón. Hay seis o siete cuartos en total, con cuatro camas cada uno. Los cuartos están divididos por unos armarios gastados, de color pastel. Nos instalamos en un cuarto Gabriel, el Chino, Martín, Simón y yo. Nos dicen que tenemos que ir a buscar colchonetas a otro lado, y nos movemos. Cada uno vuelve al cuarto con un colchón. Empiezo a recorrer los otros cuartos, a ver donde se han establecido los amigos. Busco a Katia pero no la encuentro. Pregunto por ella pero me contestan levantando los hombros. Me asomo por una ventana y la descubro abajo, sentada en las escalinatas, con su equipaje ahí y conversando con el Pelao.

Bajo y ahí está, con su vestido artesa y su blusa azul que deja ver sus brazos y sus hombros tostados por el sol. Me siento y la abrazo por atrás, cruzando mis brazos sobre su ombligo. Pego mi oído a su cabeza y la escucho hablar con el Pelao. El Pelao fuma un cigarrillo y la mira con ganas y pienso en cuantas veces me tocó a mí vivir esta escena pero al revés, yo conversando con la chica que me gustaba pero que ya estaba con otro chico, podíamos conversar y reír pero siempre terminaba en brazos del otro.

Pero ahora no...

* * *

Bajamos a almorzar. Las mesas son largas, tres filas de mesas, con cubiertos y platos con ensaladas y manteles de plástico. Toda esta escena ya la había vivido antes, en los Ferienlager⁵. La misma masa de chicos ansiosos esperando comer. La comida, en bandeja e igual para todos.

La misma fila a la que hay que ponerse y esperar pacientemente. Tomo dos platos y voy hasta donde está ella, le dejo uno y las otras chicas silban, ella ríe y mira al suelo, como avergonzada. Me siento a su lado y comemos.

Bien. La comida es mejor que allá, en el campamento. Es caliente, de repente un puré con pescado frito, algo de ensalada de tomate con cebolla y algo de beber. Lo suficiente para quedar satisfecho.

Son las dos de la tarde cuando nos dicen que los ejercicios comienzan a las cuatro y media de la tarde. Tenemos casi tres horas libres. Miro a la Katia. Le guiño el ojo.

– ¿Salimos a dar una vuelta?

Y ella sonríe y me dice.

– Vamos.

Y lo hacemos. Dejamos atrás ese inmenso edificio colonial y bajamos aquella calle tratando de saber cómo se llama. Echaurren se llama, y es en bajada. Es un poco después de mediodía, los negocios están cerrados y la ciudad, muerta. Todo el mundo durmiendo la siesta, conozco esto, en todos los pueblos del Norte es igual. Recuerdo que estuve en esta ciudad hace uno o dos años. Trato de reconocer las calles pero no lo logro. Escucho hablar a Katia mientras caminamos abrazados. Es entonces cuando llegamos a una iglesia y a la plaza. Ahora reconozco la iglesia, la plaza y todo el lugar, aquel cine donde dan

5 Alemán: Campamentos de verano para niños. Usuales en los países socialistas.

las películas de moda. Nos sentamos en las escalinatas y charlamos. Aparecen Carlos, la Lili, Andrea y una chica de negro llamada Sandra a la cual todo el mundo llama, no sé por qué, Sandrushka. Hablamos un rato, el sol está en el cielo pero sin ese calor aplastante, debe ser la brisa marina que mantiene el aire agradable.

Caminamos hasta llegar a La Recova. Es como un Centro Comercial a la antigua, una construcción de estilo colonial, de dos pisos, que alberga toda clase de artesanos y también negocios establecidos. Vemos aros, pulseras, Katia pregunta precios pero no compra nada. Ahí están los hippies cuarentones, con sus guitarras, sus melenas y valijas. Los observo, son los sobrevivientes de una época que me hubiera gustado vivir, pienso.

Katia me cuenta cómo robaba anillos en Alemania.

– Me probaba uno y otro, y otro, y así guardaba uno en el puño cerrado y compraba otro anillo, pero al final llevaba dos. Es que eran muy caros, costaban veinticinco marcos cada uno.

Decidimos regresar, ya son pasadas las cuatro. Caminamos lenta, plácidamente. Las calles han comenzado a llenarse de gente. Parece como si la ciudad reviviera.

* * *

De regreso, en el salón principal, vamos a hacer unos ejercicios para relajarnos. Así que Antonieta pone a Bob Marley y bailamos. Todos juntos, imitando los pasos que hace ella, cincuenta chicos y chicas bailando a Bob Marley al estilo Antonieta. Katia está a mi lado y hay un momento en el cual me inclino sobre ella y la beso, y Luly nos mira y se ríe como diciendo “está bueno que se quieran pero nunca tanto”.

Cuando terminamos, aplaudimos. Luego nos dividen en seis grupos. Con Katia quedamos en uno. Nos dirige Don Quijote. Nos sentamos en el suelo y comenzamos a hablar. Este es un “taller de confianza”, donde se supone que podemos confiar en los otros. Ahora debemos contar de nuestra experiencia como retornados. Y contamos anéc-

dotas del colegio o de los amigos. En mi grupo soy el único hombre aparte del guía y me siento bien. Pero miro el rostro de Katia y ella no parece sentirse muy bien. Sandrushka fuma junto a otra chica y de vez en cuando les pido que me conviden y lo hacen.

Yo no digo nada, prefiero escuchar a los otros y los otros hablan con dificultad porque no nos conocemos lo suficiente. Katia está en silencio y de repente se levanta y abandona el salón, y yo pienso que sabía que iba a hacerlo.

Hay una chica muy pálida y de ojos muy negros que habla con voz bajita, creo que se llama Cristina aunque no estoy muy seguro. Dice que ha llegado hace algunos meses a Chile y que le ha costado cualquier cantidad, y yo me imagino que ha llorado bastante porque tiene un aspecto demacrado. Ni siquiera parece sentirse bien aquí, entre nosotros, los que pasamos la misma experiencia que ella y por eso nos diferenciamos del resto de los “chilenos”. Cuando veo a Cristina se me ocurre una sola palabra: hilflos⁶.

Estamos media hora o cuarenta y cinco minutos allí. Cuando termina (casi digo “al fin”) subo corriendo las escaleras buscando a Katia. No está en su cuarto así que entro a mi salón y allí la encuentro, sentada en la cama de arriba de un camarote, las piernas colgando. Y la abrazo y como un niño hundo mi cabeza en su regazo y ella me pregunta que qué pasó y sonrío y le digo que la extrañé y que sabía que se iba a ir del grupo porque tú eres así, visceral. Y ella me acaricia el pelo y me saca el jockey que tengo puesto y me dice que le gusto más con el pelo suelto, así, sin gorro ni nada. Y nos besamos y me dice que se va a cambiar.

* * *

Me subo a uno de esos armarios que dividen los cuartos, uno puede sentarse y hasta pararse porque los armarios no miden más que un

6 “Desamparo” en alemán.

metro y medio de altura. Cuando me paro tengo que agachar la cabeza para no pegarme en el cielo raso. Sobre los armarios ya están Simón y el Chino Briegel, escribiendo con plumón cosas en los muebles que ya están bastante rayados. Me siento junto a Simón y comenzamos a escuchar juntos –compartiendo los audífonos– un cassette de los Red Hot Chili Peppers, mientras cantamos y nos movemos al ritmo de la música charlamos y hacemos chistes con el Chino que está al frente haciendo muecas y bromeando.

* * *

A la hora de tomar onces, Marcelo anuncia que esta noche iremos a la Pampilla⁷. Imaginamos discoteca, hueveo, jarana, así que todos gritamos. Nos dice que tenemos que estar listos antes de las ocho, cuando viene el bus a recogernos.

Comemos rápido para poder ducharnos. Las mujeres se demoran una eternidad. Por suerte tenemos un baño aparte.

Cuando estamos listos, nos reunimos en el pasillo de abajo, todos muy perfumados, cabellos mojados, las mejores ropas, haciendo chistes y charlando. Ya está oscuro. Pronto llega el bus y me subo con Katia para sentarnos juntos. Ella en la ventana y yo pasillo. Le tomo la mano pero ella lo único que hace es mirar hacia afuera y no sonreír.

– ¿Katia?

– ¿Sí?

– ¿Te pasa algo?

– No, nada.

– ¿Estás segura?

– Creo que estoy cansada – dice, sin mirarme.

– Ajá –digo yo, y me quedo callado. El vidrio está empañado así que dibujo un corazón y un “K y M”, pero ella no reacciona. Afuera, los faroles iluminan las calles.

El acceso a la Pampilla no es más que un taco increíble. Autos, buses, camionetas repletas de gente. Avanzamos lentamente. Pasa un rato. Avanzamos otro poco. Me pregunto si llegaremos antes de las doce, porque a este ritmo...

Finalmente, logramos entrar al recinto, que no es más que infinidad de puestos de vendedores, un parque de diversiones y un montón de carpas. Nos bajamos del bus y Marcelo logra hacer callar a la manada una vez más. “Nos juntamos aquí, a las dos en punto”. Luego

7 Lugar de fondas donde se celebran las Fiestas Patrias en La Serena y Coquimbo.

explica que el bus tiene que abandonar el lugar. Nos dispersamos. Me junto en un grupo con Luly. Decidimos recorrer todo el lugar para encontrar algo bueno y barato. Así pasamos por varias carpas, nos detenemos, uno de nosotros pregunta un precio y luego seguimos. Nos apretamos entre montones de gente, parejas, mendigos, chicas, vendedores de poleras, radios, relojes, cassettes regrabados de música tropical, hombres ebrios y familias de padres fatigados y dos o tres niños. Katia no dice nada, sólo caminamos de la mano de un lado a otro, siguiendo al resto como un rebaño.

Finalmente llegamos al sitio de donde partimos. No hay bus alguno pero sí una carpa grande que dice “Matador” y de donde suena música moderna, al menos disco, y no esa melodía tropicaloide ni orquestas de la salsa ni nada. Preguntamos el precio y es algo caro pero somos un grupo y nos permiten una pequeña rebaja. Pagamos y entramos. Me sorprende porque el sitio está prácticamente vacío, a pesar de que hay un buen bar, mesas para sentarse, mucho espacio para bailar y una pantalla gigante que transmite pedazos de “Video Loco”, aunque de vez en cuando concuerda con el discjockey y el tema corresponde al video.

De inmediato salimos con la Katia a la pista. No sé qué le da pero se pone como eufórica, se le alegra la cara y noto cómo goza aquel reggae, aquellas tonadas de hip-hop, mueve su cadera y me mira y sonríe como diciendo vamos, Marco, disfrútalo. Todo el grupo bailando, todos de buen humor, y hacemos intercambio de pareja y todo está preciso para hacer trencito y cosas así, pero no. Bailo con otras chicas y Katia con otros chicos.

Lentamente, nuestras mesas se van llenando de gente de nuestro propio grupo de retornados. Veo a algunas chicas saludando a Marcelo, que llega con otro choclón y se integra inmediatamente a la pista. Quizás la mitad de nosotros esté tomando cerveza y fumando o charlando en las mesas, mientras el resto baila frenéticamente, riendo.

La carpa también se va llenando, lenta pero progresivamente. Una

mezcla de adolescentes –locales y desesperados por un trago o un pucho– y gente adulta se apoderan del terreno.

Debe ser medianoche cuando me encuentro con Katia sentada, fumando, en una de las mesas. Está demasiado seria y, antes de que pueda hacer cualquier cosa, derrama una lágrima, y luego otra...

Le paso un pañuelo desechable y ella se suena mientras miro la pantalla de videos tratando de distraerme en alguna de las escenas de "Video-Loco". Finalmente no puedo más y le pregunto qué pasa.

– Es que me acuerdo de Fernando – me dice.

¿Qué sé yo del dichoso Fernando? Me suena a ex pololo... Me cuenta que llevaba algo como medio año con él antes de que terminaran.

– Es que en realidad yo no quería venir a este paseo – me dice sollozando. – El viernes terminamos pero el sábado había una fiesta donde iba a estar él y nos íbamos a reconciliar, creo.

– ¿Tus viejos te obligaron a venir?

– Ellos me dijeron: o vas al paseo o vas al paseo. El viernes terminé con él y el sábado me vine de Viña a Santiago por esta cuestión... Además, con Fernando siempre terminamos, a cada rato. Entonces cada uno tiene algún pinche por algún lado pero al final siempre terminamos reconciliándonos...

– O sea que yo soy uno de esos paréntesis.

Ella no contesta y apoya su cabeza en mi hombro. Le pido un cigarrillo a alguien y comenzamos a fumarlo a medias. Ahora ya está más tranquila.

– Creo que lo mejor que puedes hacer es irte – le digo. – Mañana mismo compras un pasaje de regreso a Viña y se acabó el asunto.

Ella se queda callada.

– Si no te sientes bien aquí, si no viniste por tu voluntad entonces esto

no tiene sentido. Habla con Antonieta, estoy seguro que no tendrá inconveniente en dejarte ir.

Katia se levanta y me dice que va al baño. Poco después Marcelo comienza a reunir a la gente para pedirnos que vayamos saliendo porque nos vamos.

El bus está ahí y cuando salimos de la carpa un guardia nos va diciendo buenas noches y gracias por habernos elegido. Salgo con Katia, pero ya no estamos tomados de la mano. Subimos al vehículo y nos sentamos en lugares diferentes. Cuando salimos de ahí, todos están eufóricos así que el Carlos, que está un puesto más adelante, propone un “C-hache-i”.

– ¡Atención barra! ¡¿C-hache-i?!

Y todos gritan.

– ¡Chi...!

– ¡Ele-e!

– ¡Le...!

Y el todo el bus.

– ¡Chi-chi-chi... le-le-le... ¡retornados de Chile!

– ¡Libres sin los pacos! – grito yo.

Las calles están vacías y cantando y gritando llegamos al Internado. Bajamos lentamente y alborotados vamos subiendo a nuestras habitaciones. Cuando llego a mi cama, lo único que hago es sentarme y mirar el piso.

Katia llega unos minutos después. Se sienta junto a mí y dice.

– Entonces mejor quedamos como amigos.

– Bueno.

Y se va.

MIÉRCOLES 21

Hoy es día de playa. Iremos hasta el faro. Se ve desde aquí pero está lejísimo. Ese es el único problema de La Serena: que la playa queda lejísimo. A pie, al menos, deben ser unos cuarenta o cincuenta minutos. Por lo que parece la mayoría aquí no lo sabe porque nadie reclama. A mí me da lo mismo, además me gusta caminar, realmente lo disfruto. Caminando uno se da cuenta de muchas cosas más cosas que si hace el trayecto en coche.

Unos minutos más tarde estamos reunidos en masa en el hall de la entrada, ataviados con lentes oscuros, jockeys y toallas. El aspecto de turistas no nos lo quita nadie.

Mientras caminamos conozco a un chico, Briegel. Es un tipo tan alto como yo, con cara de niño, que tiene catorce años, es bien moreno y está cambiando de voz.

Comenzamos hablando de cualquier cosa intrascendente, como empiezan casi todas las conversaciones. Le cuento que estuve detenido. Me dice que tiene un hermano.

– Un huevón mayor que estudia Matemáticas. Un genio, un comunista. Barba, pelo largo, de la Jota. En las marchas siempre está en primera fila. Un día llegó de una con el brazo tremendamente hinchado.

– ¿Qué pasó?

– Un balín. Un balín cerca del codo. Lo tuvo como seis meses con el brazo jodido.

– Pero, ¿por qué no fue a un médico?

– Porque ese tipo de heridas se tienen que reportar a la policía y si eso pasaba lo iban a cagar, tú me entiendes.

Me quedo callado.

– Pero el huevón es duro como él solo. Lo comunista no se lo saca nadie. Donde haya que dar la pelea, ahí lo vas a encontrar. Uno de los duros.

* * *

La Serena se va bajando como de una terraza a otra. Ahora tenemos

frente a nosotros el Zoológico y más allá alcanzo a divisar, al borde de una avenida principal, la discoteca “Let’s go”. Del Zoológico tengo muchos recuerdos, de niño. De la disco, ninguno.

Vamos bajando hacia la playa por una calle que da directamente al faro, que se divisa al final.

Briegel me cuenta del colegio donde estudia, el Alemán de Viña del Mar. “Una cuestión inmensa”, dice. “Tenemos la mejor cancha de pasto de la Quinta Región. Ahí entrenó Brasil cuando vino a la Copa América”.

Le pregunto cuándo se fue de Alemania.

– Después de la Caída del Muro – me contesta.

Recuerdo que dice haber vivido en Berlín.

– ¿Pero tú eres de Ost o de West-Berlin?

– De Ost, huevón.

– Yo soy de Dresden – le digo. – Así que somos compatriotas.

Me quedo pensando otro rato.

– ¿Tú por casualidad fuiste a un Ferienlager en Rügen, que se hizo en junio o julio del ‘89?

Él hace memoria.

– Claro.

– ¿Realmente estuviste allí?

– Sí.

– Es que no puedo creerlo – digo. – Yo también estuve allí. Pero yo no me acuerdo de ti.

– Es que estaba muy chico, pienso que tenía nueve años. Ni yo me acuerdo de la gente con la que estuve allí. Tengo recuerdos vagos... lo único que sé con precisión es que pasaba todo el día jugando a la pelota.

– Es extraño. ¿Sabes lo que me ha pasado en este paseo? Que caleta de rostros me son familiares, conocidos.

– A mí igual – confiesa. – Me pasa lo mismo.

– Así que estuvimos juntos en Rügen – repito.

* * *

El faro está pintado de rojo y pastel, y en el fondo no es más que una figura ornamental porque no está en funcionamiento. No sé si lo estuvo alguna vez. La Serena no es puerto: esa es la función de Coquimbo. Allá llegan los barcos.

A principios de la década del ochenta hubo una marejada terrible aquí, el mar se metió hasta bien adentro. Entonces fue cuando rompió uno de los muros frontales de la construcción, que aún hoy se puede ver, destruido, a medio caerse. Al faro vienen los turistas y reproducciones de él se venden como recuerdos de esta ciudad.

El sol aún no ha salido del todo y permanece nublado y, con ello, frío. Tengo puesto un short pero no quiero bañarme. Algunos valientes intentan entrar al agua pero está heladísima, claro, aún en verano es así y estamos en primavera, recién terminado el invierno. Así que opto por tirar mi toalla en la arena y recostarme junto a los otros a disfrutar el magro sol.

* * *

En la playa conozco a dos mujeres que nos acompañan y de cuya presencia no me había percatado anteriormente. Una es rubia y de ojos claros, creo, de unos cuarenta años, un rostro delicado. La otra es blanca también pero tiene el cabello negro y los ojos oscuros y parece más joven, como de unos treinta y tantos. La de cabello oscuro tiene una cámara y a cada rato anda sacando fotos.

También hay un tipo con una cámara que parece de televisión. Aparece desde la calle y al parecer vino con las dos mujeres. Filma secuencias de nosotros, nos filma cantando viejas canciones de Sol y Lluvia y hablando cosas, nos hace preguntas.

La mujer rubia se llama Gigi y la otra Loreto. Me preguntan mi nombre y se los digo y que estudio Periodismo. Se nos une Nicki. Los cuatro charlamos un buen rato sobre el paseo y resulta que Gigi y Loreto son las responsables de la organización y ahora están viendo cómo está resultando todo.

– Yo soy la directora de la Asociación Chileno-Alemana de Amistad, que ayuda a la reinserción de retornados alemanes –dice Loreto.

– ¿También vivió en Alemania? – le pregunto.

– Sí, en Berlín. En la Asociación hacemos diferentes cosas: por ejemplo, ahora estamos tratando de sacar una guía para chilenos que aún están allá y piensan en venirse. La guía de llama “Qué traer y qué NO traer de Alemania” y les damos indicaciones que van desde los papeles que necesitan para la Aduana aquí en Chile hasta lo que cobran las líneas aéreas por kilo de equipaje.

– ¿Y cómo se les ocurrió lo del paseo? – pregunta Nicki.

– Ya habíamos hecho un seminario en junio, un seminario de la mujer. Fue por esa época más o menos que se nos ocurrió organizar esto.

– Ha sido súper lindo – dice Nicki.

– Sí, ¿lo han pasado bien? – pregunta Gigi.

– ¡Sí! –respondemos al unísono con Nicki.

– ¿Y cómo lo hicieron para seleccionar a la gente?

– Uf, fue difícil – responde Gigi. – Imagínate que recibimos sobre setenta solicitudes de todo el país.

– Pero les dieron preferencia a los hijos de socios de la Asociación.

– Sí, claro.

– ¿Y después? – pregunta Nicki.

– Después... – Loreto mira y dice – como fueran llegando. Unos dijeron a última hora que no podían, otros no volvieron a llamar...

– Entonces tuve suerte – digo – porque no soy hijo de socio y nunca había escuchado de la Asociación.

- Sí, es difícil, falta difusión y la gente está muy dispersa – dice Loreto.
- ¿En qué lado de Berlín vivía? – le pregunto.
- En West-Berlin.
- Entonces seguro conoce al tío Jano.
- ¿El dueño de “El Latinoamericano”?

Asiento.

– Claro. Muy buena persona, él... Tiene dos hijos, claro que ya son grandes...

* * *

De regreso en el internado, durante el almuerzo, Antonieta dice que a las cuatro nos reunimos en la sala principal. Veremos un documental de Carlos Puccio sobre hijos de retornados y luego lo debatiremos.

Dicho y hecho. Luego de terminado el almuerzo y de haber dormido una hora o dos, o de haber jugado Tischtennis⁸ en alguna de las mesas que hay en el primer piso, nos reunimos en el salón principal, que está al lado del comedor. Hay un gran televisor con video y las sillas están ubicadas de tal forma como si todo fuera un teatro. Me siento en primera fila.

– Hoy vamos a ver un documental que hizo Carlos Puccio, el papá de Carlos, para el Instituto Goethe, sobre hijos de retornados. Quizás algunos de ustedes ya hayan visto el video, pero creo que la mayoría no lo ha hecho. No dura más de veinte minutos y algunos de los chicos que participaron en él están aquí presentes, así que una vez que terminemos de ver el video vamos a tener la oportunidad de hablar con ellos.

Entonces va al videograbador y da comienzo a la sesión. Vemos el documental en silencio. Es mi segunda vez pero aún así lo disfruto. Cuando lo vi en el Goethe sólo conocía a Miriam y a Carlos, pero

8 Pin pon.

ahora reconozco a Gabriel y al Chino Susperregui.

Cuando termina, Antonieta apaga el televisor y llama a que se sienten adelante, frente a nosotros, los tres participantes presentes. Cuentan cómo fue el hecho de haber participado en el documental y después su propia experiencia como personas que no vuelven a un país, sino que llegan a uno completamente nuevo, que no conocen sino a través de sus padres, y que les resulta, por tanto, una extraña mezcla de país familiar pero ajeno.

Hay un ambiente raro. Tiene mucho de solemne pero eso es casi anti-natural, porque siempre estamos riéndonos y conversando. Todo el mundo escucha al que habla. Sobre todo hablar resulta difícil, porque a uno se le quiebra la voz, o porque no se atreve a decirlo ante tantas personas, o porque tiene que ver tanto con uno mismo lo que se habla en ese instante, es muy personal todo. A pesar de que somos diferentes, nos encontramos unidos por experiencias similares, de desarraigo, problemas de identidad.

– Me he dado cuenta que lo que había tratado de hacer todos estos años era tratar de negar mi identidad, que me daba vergüenza decir que era hija de exiliados. Trataba de parecerme lo más posible a los chilenos porque si era tal como soy, tenía problemas con ellos. Había tratado de ocultar mi verdadera identidad y ahora, de repente, me encuentro conmigo misma de nuevo, que nada de lo que había hecho anteriormente ha servido de nuevo. Me he encontrado, he recuperado esa identidad perdida – dice Nicki.

O una chica, que rompe a llorar en mitad de lo que dice.

– Me han hecho recordar cosas que había tratado de olvidar...

O yo mismo.

– Creo que me ahora me siento bien, mucho mejor con lo que soy, antes como que era más indiferente a mi condición de no-chileno. Ahora estoy orgulloso de ser retornado.

Hay un ambiente de pena, tenso, nadie dice nada y cuando alguien

sale llorando del salón no sabemos qué hacer y sólo miramos al suelo. Ninguno puede fingir que esto le da lo mismo porque, y en esto estoy seguro, a todos nos toca lo que está pasando. Tiene que ver con nosotros mismos.

Finalmente Antonieta propone que hagamos un ejercicio que nos descongestione las gargantas y nos suba el ánimo, porque no va a poder quedar así. Así que colocamos las sillas en la orilla, alguien pone música –de Bob Marley– y, como en esos gimnasios del centro o algunos programas de televisión, bailamos todos juntos, al mismo tiempo, imitando los movimientos que, adelante, realiza Antonieta: bailamos de un lado a otro, un paso hacia adelante, uno para atrás, y me acuerdo del día anterior y de...

JUEVES 22

Despertarse, ducharse, botar el sueño del cuerpo, sacarse las lagañas de los ojos, hacer uso y abuso del desodorante y cantar bajo la ducha. Tener el pelo mojado (todo el mundo se ve mejor con el pelo mojado, más las chicas) y ponerse ropa limpia, amontonar la sucia en una bolsa plástica (de supermercado Ekono, si puede ser) que empieza a apestar y luego bajar al desayuno.

Nos pintan el plan de hoy: visita a la destilería de Pisco Capel (aúllan los alcohólicos) y luego al Museo de Gabriela Mistral en Vicuña. Siempre tienen en qué entretenernos, pienso.

El desayuno desaparece rápidamente y en un santiamén todo el mundo está listo para montar el bus. Me siento al lado de Carlos. El bus toma la carretera para salir de la ciudad y enfila hacia el interior. El mar desaparece de nuestras ventanas y en vez de eso el paisaje se vuelve pampa medianamente verde y cada vez más montañas, que se van cerrando a medida que nos adentramos en ellas.

Carlos me cuenta que tiene un tío que está de embajador en Austria. Yo sé que es miembro del Comité Central del Partido Socialista y que una vez apareció en un programa del Once, “Domicilio Conocido”,

que tiene dos hijos que van al Instituto Nacional y que ahora están allá con él.

– El otro día me escribieron desde allá. Dice que la cosa con las drogas es terrible, los drogadictos se mueren en la calle, en los parques.

Hablamos de su infancia en Berlín Oriental, de nuestras ideas, de su afición por el rap o el skate.

– Una vez estaba andando en skate por ahí, cerca de la Plaza Ñuñoa, solo. De repente llegó un paco en una moto, tú sabes, esos huevones que andan con lentes Ray-Ban y se creen la raja pero se van a la casa, se quitan el uniforme y son unas pobres huevas. La cosa es que se para delante de mí y me dice: “Tú te crees muy gringo andando en esa huevada”, y yo, ni huevón le dije carerra “¿y acaso tú no te crees Rambo en tu moto?”. Entonces este huevón se baja, me quita el skate y lo quiebra con la bota. Y después se sube a la moto y se va. Me fui a la casa y le conté a mi papá. No sabes cómo le echaba puteadas a ese paco. Y cuando fuimos a comprar una skate nueva, me regaló tres al tiro.

* * *

Llegamos a la destilería. Un cartel bien grande dice “Destilería Pisco Capel” en letras negras y “Bienvenidos”. Vemos que hay otros buses parqueados, con otros visitantes. Vamos a la recepción y nos asignan una guía.

La guía es una chica de uniforme de unos veinte años, que habla correctamente y atiende todas nuestras consultas. La destilería es una mezcla de inmensos tanques de miles de litros, tuberías por todos lados, pasillos metálicos, escaleras, aparatos raros que miden temperatura, presión y composición de líquidos y vibrantes sonidos de máquinas trabajando. Una verdadera fábrica. La chica nos va guiando a través de ella y explicándonos las etapas de destilación del pisco: aquí sucede esto, aquí aquello... Muchos se toman fotos, unos a otros, algunos incluso están interesados en el asunto. Yo estoy implacablemente aburrido.

Luego nos dirigimos a un pequeño salón que funciona como pequeño museo. Aquí están las primeras máquinas usadas para destilar y objetos por el estilo. Al final la guía nos invita a la sala de recepción, donde podremos degustar las bondades del pisco Capel. Es allí donde nos sirven, en pequeños vasos de plástico que la chica trae en bandeja, muestras del trago. También venden toda clase de souvenirs (desde jockeys hasta poleras con el logo de la empresa hasta licor en botellas pequeñas, medianas y grandes).

No compro nada. Antes de montarnos de nuevo en el bus, los hombres nos tomamos una foto. Naturalmente sonrío.

Partimos a Vicuña. Yo, en la ventana, me siento a mirar el paisaje.

* * *

Vicuña resulta ser un pueblo minúsculo, casas hechas de barro y de un piso, con calles angostas de una sola vía, botillerías y gente tomando el sol en amplias aceras. Hombres morenos, de sombreros y rostros curtidos por el sol, mujeres con bebés, unos cuantos árboles y la típica tranquilidad, casi aburrimiento, que embarga todos los pueblos chicos del norte de Chile.

Paramos frente a un lugar que es el Museo “Gabriela Mistral”. Es un pequeño terreno de rejas con un amplio frente y estatuas. Al fondo se ve el museo propiamente tal, con grandes ventanales cafés, todo muy limpio y bien cuidado.

Cerca de la entrada hay una casa de barro que dice ser una reproducción del hogar donde creció la poetisa. Una casa hecha con ladrillos de barro, de dos piezas con suelo de tierra, unas cuantas camas y una cocina.

La construcción más moderna está hecha de madera y es muy acogedora, piso de alfombra y temperatura agradable. Está llena de esos cajones de vidrios donde están expuestos los primeros manuscritos de la artista, ediciones de sus libros y cartas escritas a mano. Una cronología describe su vida, desde su nacimiento aquí, en un pueblo perdido al norte de Chile, hasta su muerte en la cama de un hospital de Nueva York.

Nada de eso me interesa. Tengo un rechazo adolescente frente a todas las personas a las que les hacen estatuas o les rinden culto.

El Chino Briegel está tan aburrido como yo. Mientras recorre los estantes, escucha personal. Me acerco a él y se lo pido. Se saca los audífonos de los oídos y me dice que escucha Pantera. A mí no me gusta mucho Pantera pero igual le digo que me lo preste. Lo hace y salgo de ahí. Me siento en el pasto, junto a otros que también terminaron el recorrido o se latearon demasiado pronto.

Cuando termina la visita, alguien hace notar que al frente hay un negocio y una muralla que dice “Mote con huesillo”. Allí se vende “Mote con huesillo” y “Mote con huesillo” es el nombre de nuestro paseo. Antonieta nos dice que nos coloquemos en la muralla, que nos juntemos, para que ella pueda tomar una foto. Lo hacemos, como siempre con escándalo y risas, unos haciendo “orejas de burro”, alguien grita que digamos “sífilis” para la foto. Otros de nosotros también aprietan el botón de la cámara frente a esos ansiosos adolescentes que somos allí, al pie de aquella leyenda escrita en la pared.

Yo pienso que esa imagen es histórica.

* * *

Nos montamos nuevamente en el bus. Ahora vamos a Montegrande, donde almorzaremos. El camino sigue siendo pavimentado pero el paisaje se vuelve cada vez más agreste, más empinado, más montañoso. La carretera es pegada al cerro y abajo se puede ver un valle relativamente verde repletas de viñas. Pasamos por un puesto de pacos pero no veo a ninguno.

Montegrande es un poblado de esos donde las casas se amontonan a lado y lado del camino. Muy típico y muy tranquilo, muchos árboles pero nadie en las calles. El bus se detiene frente a la plaza, que es la más pequeña que he visto en mi vida y queda frente a un liceo que debe ser el único en kilómetros a la redonda. Idílico, diría un santiaguino. Entre altos cerros, no hace demasiado calor.

Descendemos del bus y Antonieta con los monitores bajan unas cajas que amontonan en un lado. Las cajas contienen nuestro almuerzo: un jugo Kapo, dos sándwiches de queso con jamón, una naranja y un plátano. Desordenadamente nos lanzamos sobre la comida y sacamos nuestras porciones. Hecho esto, nos tiramos en un rincón o nos sentamos en uno de los bancos o a la sombra de uno de los árboles en el pasto y comemos.

Acabo todo en un santiamén. Comienzo a dar vueltas a la plaza, echo un vistazo al liceo, que está abierto y desde el cual suena música, me junto con algún grupo y converso de cualquier cosa. Salto de grupo en grupo, de conversación en conversación, algunos se dedican a tirarse unas pepas que dan los árboles acá o a jugar un Nintendo que alguien trajo y que ahora usan unos cuantos para matar el ocio o ver quien hace más puntaje. Otros duermen una siesta porque la tarde es agradable y no hay casi ningún ruido, parece que el pueblo estuviera muerto, sólo de vez en cuando llega un auto, se bajan unas personas a beber algo en un negocio o a hacer unas fotos para luego largarse.

Algunos deciden ir a visitar una galería de arte que hay aquí cerca y que establecieron –me imagino– unos artistas que estaban apesta-dos de las grandes ciudades. No sé dónde es el asunto porque no me aventuro a ir, creo que está muy lejos y me da lata.

* * *

El bus nos devuelve a ese paisaje escarpado, lleno de cerros negros y pelados donde sólo encuentran alimento las cabras, y esos valles verdes, alimentados por ríos que no son ríos sino riachuelos, pero que siempre figuran como ríos en los atlas, aunque nunca sean uno.

Durante el viaje de regreso alguien me presta una guitarra. Algunos temas los cantamos juntos, otros sólo yo porque no saben la letra. Pero hay una que siempre repito, constantemente. Es una de Sol y Lluvia y se llama “Para que nunca más”. Y dice así:

*Al contemplar tu mirada tan triste
vuelvo a pensar en ayer
que caminaba sin miedo a tu lado
sin preguntar el por qué.
Donde se oían todas las voces
y el canto de todos se hacía escuchar
hay que apretar el presente con brazos
y voces que sepan cantar
Hay que apretar el presente con brazos
y voces que sepan cantar
para que nunca más en Chile,
para que nunca más.*

Y luego viene un recitado reclamando la libertad de los presos políticos y pidiendo que nunca más haya hambre e injusticia en Chile como la que hubo en un tiempo que nadie quiere recordar. Al Carlos le gusta la canción así que la toco una y otra vez, y como quiere aprendérsela me pide que se la anote en un papel, con letra y música. Carlos no sabe tocar guitarra pero quiere aprender para poder cantar este tema.

Pero cuando terminamos de anotarla nos damos cuenta que es demasiado corta, así que decidimos componerle dos estrofas más. Y las escribimos, entre él y yo, para que quede con estos dos agregados:

*Al recorrer esta tierra de nuevo
me doy cuenta que ya estoy aquí
que puedo dar mi granito de arena
para ayudar al país.
Con mis dolores, recuerdos y penas
voy a luchar por vivir
a resistir con firmeza el sistema
por nuestro propio sentir.*

* * *

De regreso en el internado, mientras tomamos onces, Marcelo anun-

cia que no habrá salida alguna, tampoco a las discotecas porque todas están cerradas. La protesta no se hace esperar pero es, como siempre, inútil.

La noche la sobrevivimos jugando tenis de mesa o cartas o charlando. Yo quiero hacer una llamada y hay un teléfono público instalado dentro del Internado, así que consigo unas cuantas monedas de cien pesos y marco un número en Santiago. Llamo a Toño, un compañero de universidad, pero no lo encuentro. Entonces recuerdo el número de Rodrigo.

– ¿Aló?

– Sí, ¿estará Rodrigo?

– Un momento por favor, ¿de parte de quién?

– De Marco.

Silencio y unos pasos.

– ¿Aló?

– ¿Rodrigo?

– Sí.

– Hola, huevón, habla Marco.

– Hola, ¿adónde estás?

– ¿Te acuerdas de un paseo de retornados que te conté?

– ¿Estás allá?

– Sí.

– ¿Pero adónde?

– En La Serena, compadre.

– No te creo.

– Te lo juro.

– ¿Y cómo lo estás pasando?

- La raja.
- Puta, qué buena onda – vacila.
- ¿Y encontraste mina? – pregunta.
- Sí, pero ya se fue.
- ¿Cómo es eso?
- Cuando vuelva a Santiago te cuento.
- Bueno.
- Oye.
- Qué.
- Creo que me voy a poner un aro – le digo.
- ¿Sí?
- Creo que sí, tengo ganas.
- Hazlo entonces.
- Ahí voy a ver. Bueno, te tengo que colgar, porque es larga distancia.
- Nos vemos entonces.
- Ya. Cuídate.
- Tú también.
- Nos estamos viendo.
- Chao.
- Chao, loco.

VIERNES 23

“El dolor no disminuye, uno simplemente se acostumbra a él”, dijo

Marlene Dietrich en su autobiografía y yo pienso en... y le creo.

La rutina es acostumbrada: levántense, niños, hora de levantarse. Uno hace el intento de resistirse pero entonces lo remedan a uno. No choice, no hay otra salida que dejar la calidez de las sábanas y despertar. Hay no se qué falla en los calefones y por eso el agua es helada y te despierta aún más. Bajas al comedor y comes la porción que te corresponde, la ración que te ha sido asignada.

Hoy es otro día de playa. No me preguntes por qué. La calidad del agua marina ha mejorado, el sol ha salido y va a hacer calor, no lo sé y no quiero que me lo preguntes. Pero nos vamos a la playa de cualquier forma.

Mi trío es Rulos, Carlos Puccio y yo. Hueveamos poquito porque ellos poseen la seriedad necesaria para carecer totalmente de humor. Llegamos a la plaza de la ciudad que tiene el único cine de la ciudad, llegamos como parte de los turistas alemanes disfrazados de chilenos que van a la playa sin saber yo exactamente, lo repito, por qué. Decidimos que tenemos sed así que los bolsillos no tardan en aflojar el dinero duramente ganado por mamá y papá para desembocar en la caja registradora de una botillería que a cambio nos entrega una bebida desechable. Nos sentamos en un banco de aquella plaza, rechazamos que una gitana nos lea la mano porque huele mal y no creemos nada de su habladería y terminamos tirando la botella en una caneca de basura que cree que es ecológica porque la pintaron de verde.

La guitarra, cargada por turnos por cada uno de los integrantes del trío, nos sirve para agotar nuestras ansias rebeldes al cantar canciones de protesta sin inmutar a los transeúntes. Infaltable resulta el "Para que nunca más" que, más que nunca más, se toca una y otra vez a los aires serenenses.

Es entonces cuando nuestras piernas exigen descanso y nuestras mentes un método más apropiado para llegar a la playa que ya está bastante lejos. Esto sucede justo antes de una rotonda que antecede inmediatamente un cruce de trenes. Decidimos tratar de hacer dedo

hacia el faro, cuyo recorrido a pie desde allí demora aproximadamente media hora, pero en vehículo no tomaría más de cinco minutos.

Infructuosos resultan nuestros intentos y nuestros pulgares levantados, al menos por unos diez o quince minutos. Luego, una camioneta se ofrece amablemente a llevarnos un trecho. Partimos y recibimos en nuestros rostros el glorioso sol de la mañana y el viento que nos alborota los cabellos.

Recorridas tres cuartas partes del camino, repentinamente la camioneta se detiene y comprendemos que hemos de bajarnos. Lo hacemos, y cantando desafinadamente hacemos el resto del camino en poco tiempo.

Llegamos a la playa y notamos que hay otros allí, que cogieron otros vehículos o salieron más tempranamente.

* * *

Estoy un rato tirado en la arena sin hacer nada. Me acerco a Paula y a Gabriela y a Sandrushka y le propongo a Paula que por qué no hacemos de una vez aquella creación colectiva que siempre quisimos escribir. Ella acepta y comenzamos. Se trata de armar un poema, cada uno pone una palabra y al final quedan versos. La pasamos súper bien escribiendo, porque de repente uno pone palabras difíciles y el siguiente tiene que colocar una pero sin que se pierda el sentido del conjunto.

*Había cada minuto un segundo de colapso
entre la muerte y el desparpajo.*

*Es cierto
la mentira
construye caminos
claros
sutiles
hacia el simulacro*

*disfrazado
de agua y miel
pero ahora las ventanas
buscan horizontes distintos.
El ave y el punto de quiebre
se funden en lo desconocido
donde todo pequeño vicio crece
con tanta intensidad que los espejos
diáfanos fecundan una pureza amarga
de flor.
Él miró callado, sin atrapar
luz tras la mirada oscura del hombre
que flageló el amor de nuestros cuerpos
desnudos y vírgenes. Después, callaron
inertes ante la pasión del egoísta.*

*El inocente respetó al egoísta
bueno de la ciudad maldita
elocuente y misteriosa que sobrevivió
a la vida y la impureza
que flotaba tras la medalla del honor.*

* * *

Por la tarde, nos dirigimos a la municipalidad. El alcalde nos ha hecho una invitación para recibirnos como máximo representante de la ciudad. Nuestro grupo de cincuenta chicos y chicas llega parlotando a ese edificio de patio colonial, con hombres y mujeres de corbata corriendo de un lado a otro. El hall del primer piso es de baldosas rojas y brillantes y en las esquinas hay plantas que crecen en inmensos jarrones de barro. Hay una puerta que da a un patio y amplios ventanales.

El despacho del señor alcalde queda en un tercer piso. Subimos. He traído la guitarra y una vez allí nos encontramos con unos camarógrafos y un caballero que nos recibe con sonrisa y con una bandeja

de bocadillos y pequeños vasos de bebida.

Nos servimos mientras los tipos nos hacen algunas tomas –son del Canal 13– cegándonos con sus reflectores. Aparece el alcalde. Es un caballero de mediana estatura, gordo y de barba, ataviado con una traje impecable. Cuando habla todos nos callamos. Nos da la bienvenida a La Serena y nos pregunta que cómo la hemos pasado y qué tal encontramos su ciudad. Respondemos a coro sus preguntas.

Dice que se alegra por tenernos aquí y entonces Antonieta dice que tenemos preparada una canción para cantar a pesar de que no tenemos nada preparado y trajimos la guitarra más por inercia, porque ya vamos con ella para todos lados. Pero igual lo hacemos, bajo los focos de las cámaras, que pronto se apagan al percatarse del tenor de nuestro canto, al percatarse de nuestras voces interpretando una canción que resulta desagradable en un país que quiere olvidar los crímenes de un pasado que sigue latente. “Para que nunca más en Chile...”.

Luego aplaudimos. No sé cómo se sentirá el señor alcalde al escucharnos, pero sonrío aunque los políticos siempre lo hacen. Nos dice que pone a nuestra disposición una micro que nos brindará un recorrido por las partes más interesante de la ciudad. Nos despedimos de él y comenzamos a bajar las escaleras.

En el patio colonial un camarógrafo –gordo, alto– nos consulta si puede entrevistar a alguno de nosotros. Lili se ofrece como voluntaria. El hombre pregunta de forma agresiva y prepotente. Parece un interrogatorio policial.

– ¿Hace cuanto regresaste a Chile?

– Hace cinco años.

– ¿Y cómo ha sido volver?

– Difícil.

– ¿En qué sentido difícil?

– Es que a veces este país es complicado...

– ¿A qué te refieres con complicado?

– A que tiene sus cosas buenas y sus cosas malas.

– ¿Podrías ser más específica?

– Lo que pasa con los desaparecidos, los presos políticos, la impunidad... todo eso hace que a veces Chile sea una mierda.

Entonces el gordo corta repentinamente la entrevista y pregunta en tono grandilocuente:

– ¿No pueden poner a alguien más culto para la entrevista?

Interviene Antonieta. Le dice que él no tiene derecho a llamar inculta a Lili y que la entrevista terminó. Salimos de allí apresuradamente, enojados, conmovidos por la forma en que el tipo trató a Lili. Afuera nos espera una micro y nos vamos subiendo, uno a uno. El aire está caldeado. Cuando todos están arriba, en medio de la discusión, grito:

– Porque el Canal 13 vale...

Y todos respondemos, al unísono:

– ¡CALLAMPA!

– Porque la televisión vale... – grito.

– ¡CALLAMPA!

– ¿Y los pacos? – pregunto.

– ¡TAMBIÉN! – gritamos.

El guía de la municipalidad, un tipo joven, vestido formalmente, de treinta años recién cumplidos y con cara de ser asistente o consejero del alcalde, nos pide disculpa por lo sucedido con el camarógrafo, como si hubiese sido culpa suya...

* * *

De regreso en el Internado, nos reunimos en la sala principal. Al principio estamos todos agitados, pero paulatinamente vamos quedando en silencio.

– Hoy es el último taller – dice Antonieta. Sí, el último. Mañana esta aventura termina.

Esta vez hablamos sobre “el cambio”. Antonieta nos va guiando y vamos dando nuestras opiniones. El cambio de un país a otro, de una cultura a otra. Yo digo que todo cambio trae cosas buenas y cosas malas, porque eso lo leí en alguna parte. Muchos otros dan su opinión sobre el tema, siempre en referencia a nosotros mismos, a nuestra condición de hijos de exiliados.

Hacemos una evaluación del paseo. Estamos muy contentos. Unos y otros nos hemos ido conociendo y compartiendo experiencias de vida que no olvidaremos. Suena como un bonito discurso político, pero es así.

Cerramos cantando “Cambia, todo cambia” de Julio Numhauser. Nos han repartido fotocopias de la canción así que todo el mundo tiene la letra. Y cuando terminamos, nos damos un fuerte aplauso a nosotros mismos.

Para terminar el día, los monitores han preparado en secreto un cóctel, con bocadillos y bebidas.

En el salón nos encontramos con murales de fotos de nuestro paseo. Hay decenas y decenas de imágenes de la playa, del campamento en Tamelcura, de todo el grupo. Nos podemos llevar las fotos que son de nosotros mismos.

Me acerco a ese mural y miro la mía. Aparezco horrible, así que decido dejarla allí. Pero descubro una donde aparece la Katia y pienso que no tengo ninguna foto de ella y que esta no la puedo sacar porque sólo podemos sacar aquellas donde aparecemos nosotros mismos. Entonces decido sacar la mía y acercarme al mural donde está la de ella. La saco cuidadosamente, cuidando de que nadie me vea, y coloco la mía en su lugar...

Epílogo

El 3 de octubre de 1994, el diario “La Época” publica un reportaje de la periodista Florencia Díaz, titulado “Los chilenos que vinieron de Alemania”, sobre el grupo “Mote con huesillos”.

A la Sandra le dijeron “mapuche agringada”. Y es que Sandra tiene un aspecto bastante latino (pelo y ojos oscuros, tez mate), pero acompañado de un inconfundible y paradójico acento alemán. Ella forma parte de un grupo bastante singular: los jóvenes retornados que vienen de Alemania.

Y al hablar de retornados hay que partir por aclarar que la mayoría de ellos no lo son, en el estricto sentido de la palabra. Ellos son más bien “venidos”, porque nacieron en Alemania estando sus padres en el exilio y no conocían Chile. De modo que no “retornaron”, sino que simplemente se cambiaron de país.

Cuando se habla del exilio, suele hablarse de las connotaciones políticas de esta realidad, de lo que significó para esas personas abandonar lo que tenían (trabajo, casa, familiares, amigos, la patria) y de las medidas que hay que tomar para su regreso en forma digna. Otros lo toman con una dosis de humor, y dicen que el gobierno militar les dio una beca en Europa (u otro continente). Pero lo cierto es que pocos se detienen a pensar en la realidad humana tras la realidad política, en los niños de sangre chilena nacidos en suelo extranjero y educados en otros países, en sus experiencias al llegar a un país que se supone es el de ellos pero que sienten extraño, en esa sensación que tienen de no ser ni lo uno ni lo otro.

Justamente pensando en esa realidad es que la Asociación de Amistad Chileno Alemana (formada por un grupo de chilenos que estuvieron exiliados o vivieron

en ese país) resolvió organizar un paseo para jóvenes de entre 13 y 20 años que tienen en común el exilio de sus padres en Alemania. La idea era conocer un poco más Chile (fueron a La Serena), compartir experiencias y sentirse un poco menos como “bichos raros”. Bautizaron su paseo “Currywurst und Mote con huesillos”, en alusión a su mezcla de alemán y chileno, lo pasaron regio, conversaron mucho y se hicieron amigos.

A la vuelta, sienten que tienen más claras sus ideas. Y las cuentan con ganas, interrumpiéndose, bromeando, reclamando... o sea, como cualquier otro grupo de jóvenes. Aunque con algunas experiencias diferentes.

“Tarreas”

La mayoría de esta veintena de jóvenes dice que aceptó la idea del paseo porque quería encontrarse con gente igual a ellos, que los entendiera y que tuviera vivencias parecidas, para compartir.

Es que no les resulta fácil el acomodo en este país. De hecho, muchos no querían venirse a Chile, porque en Alemania estaba su vida. Y reconocen que no tenían una visión muy clara de la tierra de sus padres antes de venirse, porque ellos les hablaban más bien lo que les había pasado, de las razones de su exilio, que del paisaje o de la gente.

Para ilustrar la visión prejuiciada que tenía de Chile, Marco cuenta que él vino de visita cuando todavía era chico: “En el aeropuerto lo primero que vi fue un carabinero, lo apunté con el dedo y grité ‘paco fascista’, aunque ni siquiera sabía muy bien lo que era ser fascista; pero yo venía con una predisposición negativa”.

Otros se sintieron extraños al conocer a sus familiares en Chile, porque no hablaban bien el castellano y no

entendían mucho lo que les decían. A varios los molestaron por el acento, como a Benjamín (un pequeño de trece años que tiene un marcado acento alemán, pese al año y medio que lleva en Chile), cuyos compañeros de curso lo hacen decir hartas palabras con “r” (que él pronuncia rrr) para hacerle bromas, o le preguntan si hizo las “tarreas”. Sandra se cambió de colegio, y cuenta que en el anterior “siempre me ponían al medio, porque no era de aquí ni de allá”. Lorena acota que en el colegio alemán mixto en que la pusieron al principio, sus compañeras la aislaron porque en los recreos jugaba fútbol con los hombres.

Dominique (Nicki) resume un sentimiento que todos –en mayor o menor medida– comparten: “Después de cinco años en Chile, no soy chilena-chilena; siempre sientes que eres distinto”.

Los que sí están ahí

Respecto de la política, algo que obviamente ha marcado sus vidas, hay casi unanimidad: la heredaron de sus padres. Se entusiasman dando opiniones y definitivamente no forman parte del grupo de jóvenes chilenos que “no están ni ahí”, sino que por el contrario, no comparten esa actitud.

Heraldo comenta que él ha notado con asombro que en Chile la política parece ser sinónimo de conflicto, que la gente –especialmente los jóvenes– no acostumbra a conversar de política (“y no de politiquería, sino de política, las cosas de fondo, que es muy importante”) y que cuando lo hacen es en voz baja.

– Si uno va de visita a la casa de la polola y habla de política, lo miran como si fuera terrorista. Yo no ando con una pistola matando gente, pero me interesa la política –agrega Heraldo.

Carlos (sobrino y nieto de conocidos personajes políticos) afirma que es importante que los jóvenes luchen por lo que creen, aunque no los quieran escuchar. Reclama contra los chilenos que quieran olvidar el pasado político del país, y dice, por el contrario, “el pasado hay que sacarlo y enfrentarlo”.

Paula opina que los jóvenes no están acostumbrados a hablar de las cosas importantes, y que muchos no están dispuestos a aceptar opiniones diferentes. “A mí me echaron del colegio por decir que estaba a favor del aborto”, cuenta.

– Es que los jóvenes chilenos no están ni ahí. Si uno habla de política, la miran raro. Creo que la gente ha perdido el valor de dar su opinión –acota Pancha.

Para Sandra, durante el gobierno militar “la gente luchaba por sus causas, pero ahora que hay democracia se quedan callados, como si todos los problemas estuvieran resueltos, cuando en realidad hay muchas cosas que todavía no han resultado, hay mucho por hacer”.

Heraldo interpreta a varios al comentar que hay que luchar por las cosas que están mal. “La gente piensa ‘qué voy a cambiar yo, si soy uno solo, la sociedad es así’, pero la sociedad somos todos, tú, yo, todos, y de a poco se van cambiando las cosas”, dice.

Con ojos alemanes

Estos chilenos nacidos y educados en Alemania –el paradigma del orden y la organización– ven al país un poco desde afuera, y tiene incisivos y acertados comentarios que hacer sobre algunas costumbres nacionales.

Carlos comenta: “La primera vez que me subí en una micro me saqué la mugre, porque apenas me subí partió

soplada... si en Chile fuera todo tan organizado como Alemania, sería bacán (buenísimo)”.

Marco acota que “aquí, abren la puerta de la micro antes de parar”.

Lorena se sorprende de que los chilenos nunca digan que no. “Si le pides al maestro que te arregle algo, te dice que sí lo va a hacer, aunque no tenga idea, y si preguntas por una dirección te dicen cualquier cosa con tal de no reconocer que no la saben”.

A Paula le molesta el clasismo. “Aquí hay como diez clases sociales; el taxista mira en menos al señor que es obrero; ése mira en menos al otro porque gana menos, todos quieren estar más arriba”. Aunque sí encuentra admirable la solidaridad que se da entre las personas de menos recursos, “porque saben lo que es no tener, y por eso se ayudan”.

Para Lili, algo irritante resulta “la manía de los chilenos de hablar por detrás, el cahuín, la gente no se atreve a criticar de frente. Típico de los políticos, que hablan y no dicen nada muy concreto, para dejar a todo el mundo contento. Allá te tiran lo que piensan en la cara”.

Pancha considera indignante que si ella se pone un peto (“con el que sé que me veo bien”) para ir a una discoteca y a algún fresco se le va la mano, la culpen a ella, “por andar provocando”. Para esta buena moza joven ése es el colmo del machismo.

Paula comenta que, machistas y todo, los chilenos son “buenísimos” (se refiere a su atractivo físico, no a la bondad), pero lamenta que “muchos salen achunchados, y eso les baja el perfil”.

La mayoría coincide en que los chilenos son en general

más cálidos y demostrativos que los alemanes. Lorena opina que es “mortal” (muy bueno) esto de saludarse de beso, que allá no se usa, y Mónica comenta que acá las relaciones “son mucho cuerpo, todo tocarse y abrazarse, muy emocional, allá es más racional”.

Lili resume claramente la situación de estos jóvenes que son y no son. “A mí me costó acostumbrarme (llegó el '89), quería volver a Alemania, porque allá tenía todo. Fui este año, en enero y febrero, me encontré con todos mis amigos, que me acogieron bien, igual que siempre, pero ya no era mi mundo. En todo caso, todo lo bueno que aprendimos allá no lo vamos a olvidar, sino que por el contrario, vamos a aportar un granito de arena”.

Agradecimientos

Índice

El paso	9
Supón que hay algo entre tú y yo	12
La muerte después del amor	15
La verdadera historia	16
Vacaciones de invierno	17
Juan Sin Tierra	23

El paseo de retornados alemanes al norte de Chile fue posible gracias al valioso esfuerzo de los miembros de la Asociación de Amistad Chileno Alemana y la embajada de Alemania en Chile.

En la “Zona de Contacto” (1993–1994), un agradecimiento especial al gran Sergio Gómez, cuya generosidad nunca olvidaré. También al diario “El Mercurio” por cedernos un espacio.

Gracias también al espacio y ayuda que nos brindó la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM) a través de los talleres “José Donoso” de la Biblioteca Nacional de Santiago en 1997 y 1998.

Colecciones Quimantú

AGENDA HISTÓRICA

Para todos los llamados...

Quimantú de la A a la Z

Equipo Quimantú

Agenda Che por siempre

Equipo Quimantú

A-PROBAR

Literatura & afines

Varios autores

La crisis educacional en Chile

Varios autores

Alternativas y propuestas para

la (auto)educación en Chile

Centro de Estudios Sociales

Construcción Crítica, Mancomunal

del Pensamiento Crítico. Observatorio

Chileno de Políticas Educativas

**De actores secundarios a
estudiantes protagonistas**

Varios autores

¡Crear una escuela! Cuadernos

de educación popular

Área de educación del Movimiento

Territorial de Pobladores

CABROCHICO

El Cristal

Ada Augier Miyares

CLÁSICOS QUIMANTÚ

10 días que estremecieron al mundo

John Reed

CON-FIANZA:

Argentina:

Cuando cruje el mate

Movimiento de Trabajadores Desocupados

de Solano, Luis Mattini, Colectivo Situaciones

Dispersar el poder

Los movimientos como

poderes antiestatales

Raúl Zibechi

Autonomías y emancipaciones.

América Latina en movimiento

Raúl Zibechi

Nosotros somos la Coordinadora

Oscar Olivera, Raquel Gutiérrez

y muchos otros

Mujeres

El género nos une, la clase nos divide

Cecilia Toledo

Progre-sismo

La domesticación de los

conflictos sociales

Raúl Zibechi

7 y 4, El retorno de los pobladores

Movimiento de Pobladores en Lucha

Palabras para tejernos, resistir

y transformar en la época

que estamos viviendo...

Varios autores

Latinoamericanamente

Conversaciones del Diplomado de

Especialización Movimientos Sociales

y Autogestión Comunitaria

Corporación Poblar y MPL

CREANDO EN-SEÑAS:

Alto Hospicio

Rodrigo Ramos Bañados

El Tango de Edipo

Mario Rojas

Los Inquilinos

Marco Fajardo

El hijo de Drácula y otros

cuentos militantes

Gianfranco Roller

Juan Sin Tierra y otros cuentos

Marco Fajardo

DERECHOS HUMANOS

CECT: ¡Tortura, nunca más! Informe

de Derechos Humanos 2010

Comisión Ética contra la Tortura

iNo a la tortura! a nadie en ningún lugar y en nombre de nada

Informe de Derechos Humanos 2011

Comisión Ética contra la Tortura

EDICIONES ESPECIALES Q

Hablar de Cuba, Hablar del Che

Eddy Jiménez Pérez

La Revolución de los Camaleones

Eddy Jiménez Pérez

Teatro de la Anarquía

Mosés Aguiar

HISTORIETAS Q

La Revolución de los Pingüinos

Juan Vásquez

Alto Hospicio. La novela gráfica

Carlos Carvajal

Weichafe

Juan Vásquez

MÚSICA AMBIENTAL

Pascua Lama: Conflicto armado a nuestras espaldas

Bárbara Salinas, Javier Karmy

Cianuro, la cara tóxica del oro

Observatorio de Conflictos Mineros de América Latina, OCMAL

POESÍA A TODA COSTA:

Palabras hexagonales

Verónica Jiménez

In memoriam

Pavel Oyarzún

Memorial del confin de la tierra

Sergio Rodríguez Saavedra

Orgasmos

Mauricio Torres Paredes

Habitante Inconcluso

Hernan Viluñir

Desmanes

Mauricio Torres Paredes

Samuel Ibarra Covarrubias (Eds.)

Brindis Di-versos

Alfonso Rubio y Angélica Muñoz

RE-SABIOS:

Memorias para olvidar

Manuel Paredes Parod

Rastros de mi pueblo

Manuel Paiva

Contra Bachelet y otros

Marco Fajardo

Postales

Marco Fajardo

Conmigo Frente a Frente

Raúl Brito

Rolando Alarcón

La canción en la noche

Carlos Valladares M.

Manuel Vilches P.

Eran las cinco de la tarde y otros relatos

Pablo Varas

De subterra a subsole

Carlos Sandoval

PAPELES PARA ARMAR:

Serie Papelear

Miguel en la MIRa Uno, Dos y Tres

Che: Recuerdo del Futuro

Ernesto Guevara

EZLN

Abajo y a la izquierda

Serie Papel Lustre

Manifiesto Comunista

K. Marx y F. Engels

Cómo hicimos la Revolución Rusa

León Trotsky

7 ensayos de interpretación

de la realidad peruana

José Carlos Mariátegui

18 Brumario

Karl Marx

La conquista del pan

Piotr Koprotkin

Historia del Movimiento Obrero Chileno

Humberto Valenzuela

Historia y conciencia de clases

György Luckács

Armando Triviño: Wobblie. Vida y

escritos de un libertario criollo

Víctor M. Muñoz

Los orígenes libertarios del 1° de Mayo

Varios autores

Itinerario y trayectos heréticos

de José Carlos Mariátegui

Oswaldo Fernández

El Estado y la Revolución

V. I. Lenin

Dictadura o Revolución

Luigi Fabbrì

RETROVISOR

Memorias de La Victoria.

Relatos de vida en torno a los

inicios de la población

Grupo Identidad de Memoria Popular

Construyendo la población.

Hallazgos y testimonios de la

población Boca Sur (San Pedro

de la Paz, Concepción)

Varios Autores

Historia Ausente. Relatos colectivos

en torno al terremoto

Autores Colectivos

TEATRO DE LOSOTROS

El Evangelio según San Jaime

Jaime Silva

Ceremonia Negra

Víctor Faúndez Godoy

La palabra sucia

Varios Autores

PERIÓDICO

¡Y que jue!

Un intento de historia de los tres

años del Gobierno Popular

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Revista Materialismo Histórico

Grupo de Estudios Marxistas - GEM

Revista Otra

Movimiento de Pobladores en

Lucha- MPL y Corporación Poblara

"En Chile no se habló ni escribió mucho, hasta ahora, de los hijos de exiliados, aquellos chicos que pasaron su infancia repartidos en el mundo y que fueron recibidos con indiferencia o, a veces, hasta rechazo. Hablaban literalmente otro idioma, conocían la historia de Chile desde la mirada de sus padres. Les costaba demasiado adaptarse a un sistema que en realidad, a cada paso, daba ocasión para ser cuestionado".

Miriam Tamayo



Foto: Antonieta González

Creando En-Señas